REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVIII — San José, Costa Rica **1934** Sábado 16 de Junio — Núm. 23

Año XV. No. 687

SUMARIO

La vida inquieta y trabajadora de Jorge Isaacs

Por ALCIDES ARGUEDAS

= Del libro en prensa *La Danza de las Sombras* =

Cali, julio 3 de 1930.—Mis amigos caleños se esfuerzan en retenerme algunos días en su alegre y limpia ciudad. Yo también desearía quedarme para complacerles y visitar los parajes de **María,** conocer la casa y los campos donde se desarrolla la acción; pero es mucha mi impaciencia y lo único que ahora deseo es irme. Y partir y llegar es una obsesión en mí...

"Partir, c'est mourir un peu..." dijo un día, melancólicamente, el poeta D'Haracourt. Y la frase tiene un sentido profundo para mí porque sé que entraña una cruel verdad...

Para consolarme de no poder visitar los sitios inmortalizados por Isaacs, he vuelto a leer el libro, después de veinte años, en la sola edición definitiva autorizada por los herederos y hecha en 1922 por Camacho Roldán y Tamayo, primorosa y muy inteligentemente concebida. Y, para ilustrar mi lectura, he comprado la colección de fotografías formada por un artista letrado y amante de su suelo. Más todavía: he releído lo poco que he podido encontrar sobre la vida misma del autor, y esto es indispensable para explicar una obra; pero de la parte biográfica no acostumbran preocuparse nuestros críticos regionales, acaso porque la biografía de los grandes hombres en pueblos pequeños está formada por los comentarios de nuestros íntimos, de nuestros rivales y de nuestros domésticos..., dado el caso de que un escritor pueda pasar por un gran hombre, pues esta categoría sólo se acuerda a los políticos que conceden favores, reparten prebendas y prometen o procuran empleos. El escritor, el poeta, el artista puramente tales constituyen una variedad humana aparte, lejos del vulgo y lejos de la clase dirigente, acaso notables pero sin autoridad, quizás famosos pero sin poder. Y su vida ocupa a las gentes porque con el comentario de las vidas ajenas dan ocupación a sus vidas vacías: con el análisis de las particularidades, carácter y costumbres de un hombre dan gusto a su imaginación limitada y a sus lenguas desatadas; con el chisme que interesa, el chiste que divierte y la procacidad que seduce se crean nombre, prestigio y hasta autoridad en veces...



Jorge Isaacs

Un escritor, poeta o artista que comparta la vida estancada de una pequeña ciudad nunca es grande para sus conterráneos porque todos le ven moverse, actuar y seguir el ritmo de los sucesos, siempre igual, uniforme, monótono. Todos conocen su origen, sus antecedentes, su manera de ser y comportarse, sus manías y originalidades, su vida íntima, en fin. Y eso, naturalmente, que está al alcance de cualquiera, que cualquiera se vanagloria de saber mejor que nadie, no importa ni interesa a los críticos del lugar, cuya única preocupación consiste tan sólo en examinar la obra dejando aparte al hombre, cuando, en realidad, es el conocimiento del hombre lo que generalmente nos lleva a conocer mejor la obra.

Tal es, por lo menos, la teoría practicada por el más eminente y autorizado crítico francés del siglo XIX, o sea Sainte-Beuve.

—"¿Que pensaba en religión? ¿Cómo era afectado por el espectáculo de la naturaleza? ¿Cómo se comportaba respecto a las mujeres?, ¿y en cuestiones de dinero? ¿Era rico o pobre? ¿Cuál era su régimen y cuál su manera cuotidiana de vivir?, etc. Y, en fin, ¿cuál era su vicio o su debilidad? Todo hombre tiene uno. Ninguna de las respuestas a estas preguntas es indiferente para juzgar al autor de un libro y el libro mismo si este libro no es un tratado de geometría pura y es, sobre todo, una obra literaria, es decir, donde está casi entero"...

Semejante manera de concebir la crítica biográfica escapa a nuestros escritores, no precisamente por falta de penetración, como, sobre todo, por falta de carácter, porque una crítica de esta naturaleza en nuestros pueblos andinos sepultados en el corazón de las sierras, hundidos en lo profundo de barranquerίos casi inaccesibles y con gentes afanosas más por aparecer que por ser, resulta labor ingrata y muy difícil porque corre el riesgo inminente y fatal de herir susceptibilidades, lastimar el amor propio del autor o de su familia y, por consiguiente, de concitarse odios y antipatías que no desarman nunca...

El crítico tiene que ser cauteloso, prudente. También, y acaso en mayor grado, el historiador; y pobre de él si animado por el desinterés y la circunspección desnuda la verdad y presenta un triste espectáculo de miserias, porque entonces se levantan contra él todos los que han sido o se consideran moralmente lesionados y forman una masa febril e irritada que no le da nunca cuartel al escritor y concluye por convertirlo en una especie de paria, sobre todo si el escritor, consciente de su fuerza, seguro de su capacidad y de su juicio, se muestra desdeñoso de los ataques, indiferente a los comentarios y, seguro también de la honestidad de su obra, la dedica, como Stendhal, al tiempo...

En el juicio crítico que precede esta edición de Camacho Roldán y Tamayo y fué escrito en 1867 por un filántropo señor Vergara y Vergara, una notabilidad de ese tiempo y muy digno de ser universalmente conocido y pasar a la posteridad por haber prestado ayuda material a nuestro infortunado a la vez que afortunado autor, muy poco o casi nada se dice del "señor Isaacs".

"Era su padre inglés de nacimiento, pero de raza judía; el amor lo inclinó a la religión de Jesucristo y le dió otra patria, la nuestra, donde se estableció casándose con la hija de un capitán español. Así es que Jorge tiene en su apostura y en sus arranques, en sus ideas y en su pluma, reminiscencias hebraicas,

españolas e inglesas. No es un tipo; es un original..."

Que Isaacs procedía de ascendencia extranjera, lo declara el nombre; pero su herencia tiene otra revelación más importante: el carácter del libro.

Un español puro y, con mayor razón, un criollo, nunca habría escrito con el candor, la frescura y la deliciosa ingenuidad con que está escrita **María.** Siempre habría deslizado alguna travesura, algún descuido en la actitud de la pareja amante, cándida y sentimental que pasea sus amores en campos semivírgenes y de gran belleza, bajo un clima en que todo lo que vive parece buscar desde temprano la plenitud de su ser. La soledad de los campos, el perfume de los bosques, la serenidad del cielo, como elementos del ambiente físico, y, luego, la complacencia de la familia en esos amores, las costumbres llanas y simples de nuestros abuelos, habrían dado ocasiones a nuestros escritores para insinuar por lo menos alusiones a las gracias ocultas de la bella moza enamorada y para hacerles cambiar un beso de amor en los labios...

Y nada de esto se ve en el libro. Y esta limpieza moral le viene a Isaacs de la sangre y también un poco de la edad, porque cuando escribió **María** era ya un hombre casado, padre de familia amoroso y bien correspondido por los suyos y no quería poner en su libro nada que no pudieran leer sus hijos sin manchar su candor.

Cornelio Hispano, que tiene una pluma elegante y se ha especializado, puede decirse, en el estudio biográfico de Isaacs, asegura que "todo es deliciosamente real en María". Y, para mayor abundamiento, copia las palabras de otro escrupuloso crítico y amigo predilecto de Isaacs, Rivera Garrido, también contundentes: "Todo cuanto a **María** se refiere es rigurosamente exacto como símbolo de pasión y sentimiento y como pintura de una naturaleza sin rival"...

Aceptado esto, o sea de que "todo es deliciosamente real", queda patentizado, una vez más, el fenómeno de la excesiva precocidad en las gentes del trópico, o nacidas bajo el trópico, aunque procedan de origen europeo, como es el caso de Isaacs.

Nació nuestro hombre en Cali en 1837 y en Cali también se casó con doña Felisa González, en 1856 y cuando apenas contaba 19 años. De consiguiente sus amores con su prima María debió tenerlos apenas salido de la pubertad y no ser muy firmes ni consistentes. Tampoco la muerte de su amada debió sepultarlo en desesperación profunda porque inmediatamente buscó alivio y consuelo casándose con doña Felisa, hija de español.

Un pintor hizo el retrato de María, Alejandro Dorronsoro, de Buga, con datos recogidos probablemente de la misma novela.

Sabemos por el libro que María tenía "anchos párpados orlados de largas pestañas;... labios rojos, húmedos y graciosamente imperativos; abundante cabellera castaño-oscuro arreglada en dos trenzas;... brazos deliciosamente torneados y sus manos cuidadas como las de una reina"...

Es todo lo que sabemos por la novela, poco más o menos; pero el pintor hace el retrato, o lo imagina, tres lustros después de haber aparecido el libro, en 1880, y presenta a María con los brazos cruzados sobre el pecho, en postura cándida, mirando de frente, con la cabellera oscura adornada con una rosa, un rizo ondulado cayéndole a lo largo de la menuda oreja y la garganta oculta por un bordado de encaje. Y entonces Isaacs, rectifica detalles, y apenas se atreve a mencionar la garganta y el seno purísimo de su amada...

Para ser, como se dice y pretende, real la novela, todos estos elementos no son suficientes ni constituyen bastantes pruebas respecto a la autenticidad y veracidad de los personajes. Se desearía otra clase de testimonios y estar mejor enterados sobre las gentes; acaso tampoco sería demás algunas pruebas materiales como las cartas, las fotografías, o, en último caso, el testimonio unánime de varias personas contemporáneas y sobrevivientes...

Las simples aserciones de Isaacs en dos cartas que Hispano considera como "preciosos documentos" para probar la existencia de María, la rectificación de detalles hecha por el mismo Isaacs al retrato de Dorronsoro, igualmente forjado de memoria, rectificación que pudo haber sido inspirada ya por el interés de presentarse como actor privilegiado en una dolorosa y deliciosa aventura sentimental que había hecho verter lágrimas y lamentos a los enamorados de todo un continente, no constituyen, ni mucho menos, un motivo de prueba definitiva.

Un solo testimonio vago e impreciso cita Cornelio Hispano para dar como un hecho comprobado la existencia de María: el de un mulato viejo, igualmente tenido por un personaje sobreviviente de la novela, y quien pudo declarar que había conocido a una niña en la casa de Isaacs, llamada Eloísa, "muy relamida y donosa" y de la que no supo su suerte por haber desertado de la hacienda, deserción que no se explica dado el buen trato que los colonos recibían en el fundo.

Aunque el socorrido sistema de las comparaciones y aproximaciones resulte del todo artificioso y falso, particularmente cuando a las cosas de nuestros países se oponen cosas de Europa, sin embargo no se puede en este asunto dejar de pensar que la **Madame Bovary** de Flaubert, aparecida siete años antes de **María**, en 1857, y presentada entonces como una obra de pura ficción, ofrece mayores elementos de veracidad que el personaje de la joven caucana, pues de Delfina Couturier, es decir, de Emma Bovary, queda una abundante documentación y el testimonio irrecusable de mucha gente contemporánea, no obstante haber vivido la heroína en un caserío de 400 ó 500 habitantes, perdido en el fondo de un valle, a 20 kilómetros de Rouen, en Ry.

Otro escritor de temperamento sensible y delicado, de pluma elegante y muy honesta, Max Grillo, asegura en su libro **Ensayos y Comentarios**, que si María existió realmente, jamás la vió el poeta...

"...La amó desde muy lejos; acarició su hermosura a través de retratos y conoció su alma por cartas de familia, pero nunca se estrecharon sus manos, ni sus labios se juntaron en casto beso. Cuando María, deshecho su hogar en Kingston por la muerte de su madre, debía venir al valle del Causa a residir al lado de su tío, la fatalidad de un golpe estulto derribó el palacio de las fantasías de Efrain y la ruina de los negocios del padre de Jorge impidió que

la doncella jamaicana, prima del poeta, realizase su viaje al Cauca. Jamás la conoció Isaacs..."

He aquí una afirmación rotunda y categórica que viene a destruir totalmente la leyenda del idilio vivido y "deliciomente real"...

Lo que en María aparece bien descrito con toques breves y anotaciones fugitivas, es el paisaje. El paisaje se halla presente en todo el libro y a lo largo de sus páginas.

Una postal de la colección, la marcada con el número 138 y que muestra el conjunto de la casa situada en medio de un campo murado por un cerco de piedras brutas y destacando sus paredes blancas sobre el fondo oscuro de los montes de la cordillera, hace ver que el sitio ha debido sufrir profundas transformaciones, en su aspecto exterior.

"Al frente de mi ventana,—dice Efrain o, si se quiere, Isaacs,—los rosales y los follajes de los árboles del huerto parecían temer las primeras brisas"...

Y no hay tal huerto frente a la ventana del mozo enamorado.

Lo único que se ve es uno de esos muros bajos construídos en las haciendas con enormes pedrones redondos y sin argamaza, pues su peso y tamaño les basta para mantenerse firmes y enhiestos; a un costado los gruesos y toscos pilastrones de la portada rematados por fuertes cactus de hoja grasa y puntiaguda y su puerta de tablones horizontales; luego, un espacio desnudo y desigual, y, en el centro, la casa de un solo piso sobre un sótano bajo, con su ancho y profundo corredor en medio, y, en ambas extremidades, dos habitaciones con balcón de reja mirando al horizonte lejano de la llanura, habitaciones que se quiere suponer las alcobas de Efrain y María: en media galería la escalinata de piedra y en cuyos peldaños superiores solía sentarse María esperando la vuelta de su prometido.

El huerto donde la muchacha acostumbraba recoger violetas y azucenas, bañándose los pies desnudos con el rocío de la mañana, no aparece ni existe y debe suponérsele agostado y muerto por el abandono...

Lo que aparece mejor en todo esto, con datos ya precisos e incontrovertibles, son las etapas de la vida triste del escritor, triste y amargada por estrecheces e injusticias.

Sabemos ya que Isaacs nació en 1837 y se casó en 1856 cuando no contaba 19 años de edad y no era todavía hombre maduro. A poco muere el padre dejando las haciendas hipotecadas y las cuales son puestas en remate por la inflexibilidad y la codicia de los acreedores. La familia queda pobre y el mozo tiene que buscar una ocupación para poder asegurar la subsistencia de los suyos.

"De 1864 a 1866, mientras desempeñaba el puesto de inspector de trabajos del camino de Buenaventura, que al fin le habían dado, a orillas del dantesco Dagua, en Pureto, en casa del negro Cortico, escribió su obra inmortal"—afirma Cornelio Hispano.

Esta época deja en Isaacs ingratas remebranzas:

"Hay una época de lucha titánica en mi vida: viví como inspector del camino de Buenaventura, en los desiertos vírgenes y malsanos de la costa del Pacífico. Vivía entonces como un salvaje, a merced de las lluvias, rodeado siempre de una naturaleza hermosa, pero refractaria a toda civilización, armada de todos los reptiles venenosos, de todos los hálitos emponzoñados de la selva"...—se quejaba todavía en 1877.

Las penalidades, el mal clima y la separación de los suyos le obligan a buscar otras ocupaciones, y puede obtener el cargo de cónsul de Colombia en Chile, para donde parte en 1870, solo, dejando a su mujer y sus hijos en la tierra. Queda dos años de cónsul, y son años descoloridos, de papel de oficio y acerbas añoranzas.

¡Entretanto su novela se ha abierto camino y se la lee con avidez en América. Todos los enamorados lloran las desventuras de **Efrain** y **María** y el nombre del autor cobra fama.

Al fin vuelve a su tierra y comienza a actuar como personaje secundario, pues es superintendente de instrucción. También se le encuentra de guerrero en luchas civiles y se le ve en las cámaras como diputado. De la cámara lo expulsan; pero allí se hace notar por la vehemencia de sus discursos contra el partido conservador y sus sostenedores y animadores, los curas.

Entonces éstos cobran su venganza poniendo en duda la paternidad de la obra, atribuyéndola a otros, ya a un hermano de Jorge, muerto hacía poco, o a su amigo el poeta y político Julio Arboleda, también muerto.

El ambiente se le torna hostil y su situación no ha mejorado en nada, pues sigue siendo pobre y viviendo con muchas privaciones.

Vuelve a sus trabajos de explorador y ahora se pone a buscar carbón en el golfo de Urabá, en pleno trópico, sitio terrible donde las fieras avecinan con los salvajes, la naturaleza hostil cobija la menuda fauna tropical plagada de alimañas, con emanaciones pútridas, exhalaciones venenosas.

Y se queja con acento entristecido de fracasado:

"Desde 1881 mi familia ha vivido en casas pobres y alquiladas, míseras a veces"...

Le pesa la pobreza y busca la soledad del campo con la familia donde puede vivir a poco costo y en paz consigo mismo:

"En las ciudades,—escribe en 1886,—me ahogo, se entristece mi ánimo, amo menos a los hombres y a veces estoy propenso a despreciarlos".

Ahora sus lecturas son severas y sustanciosas:

"Leo a Plutarco, el último y el más amado maestro de mi vida; hojeo a veces los comentarios de César y busco a ratos distracción en algún tomo de Macaulay"...

Era, sin embargo, un hombre bueno, de espíritu generoso, de alma recta.

En 1891 se establece al fin en Ibagué, aproximándose lo más posible al amado valle natal.

Pocos años le quedan ya por vivir. Se siente enfermo, gastado por las enfermedades del trópico y también nostálgico, y es lo peor para él.

Y en Ibagué se muere el 17 de abril de 1895, a los 58 años de edad, sin haber conocido ni por un momento los favores de esa deidad veleidosa y caprichosa de la fortuna.

Los homenajes, los honores y hasta las recompensas llegaron después, como siempre, porque una de las cosas cobardes y ruines de nuestras democracias mestizas es no poder soportar la superioridad de los vivos...

En 1910 se le reconocen derechos en sus exploraciones petrolíferas y, dos años después, se abonaron 30.000 dólares a la familia. El congreso votó pensión vitalicia para la viuda, extensible a los hijos, y, por último, hasta se pagaron 5.000 dólares por derechos de autor para hacer la película **María...**

¡Y, entre nada y esto, siquiera esto. ¡Dios mío! Por lo menos ayudará a mantener vivo el culto del muerto en los altares de la familia...

Estampas

Sigamos con Mr. Castle:—De los pactos fabricados en Guatemala

= Colaboración =

Volvamos a William R. Castle, ex-funcionario de jerarquía alta en el Departamento de Estado. Volvamos a este experto en asuntos latinoamericanos, como dice la clasificación imperialista, para conocer su parecer sobre los tratados que periódicamente impone el Departamento de Estado a las naciones centroamericanas. En Guatemala hubo reunión de delegados y allí se pactó. El pacto es ahora discutido para su aprobación en cada uno de nuestros congresos. Veamos si interesa decisivamente al Departamento de Estado lo que resuelvan estos congresos. El testimonio del experto Castle es indicador del interés de aquel organismo yanqui. En artículo publicado por Castle en el mismo periódico que anteriormente citamos, ofrece los puntos de vista de la política del Departamento de Estado en sus relaciones con la América Central. Es franco en su relato. No teme levantar protestas ni resentimientos. Da a los Estados Unidos puesto de guardián y justifica así las intervenciones constantes que han sufrido estos pueblos siempre que a los Estados Unidos ha interesado afirmar que tienen intereses que defender cuando intervienen con sus milicias. Para Castle, que es como decir, para la política del Departamento de Estado, para la política tradicional, no la ocasional de estos días, los Estados Unidos son de un altruismo extremado y cada aspecto de nuestra vida lo vigilan para corregirlo apenas lo juzguen extraviado. Las empresas que el capital yanqui fomenta por acá son cosa vital sin la cual no podríamos vivir con decoro. Los Estados Unidos, considerándolo así, no pueden ser indiferentes a las legislaciones que nos demos para restringir el poder de esas empresas yanquis. La trascendencia de la empresa no podemos juzgarla nosotros, que vivimos en un plano de civilización sumamente atrasado. Son los Estados Unidos los que conocen hasta dónde llega el poder civilizador de las empresas que el yanqui nos trae. Allí está la obra inmensa del Canal de Panamá por la cual se ha censurado hasta el escarnio al ejecutor imperialista más osado que ha tenido el Departamento de Estado. Y sin embargo, esa obra expone la claridad del buen sentido del primer Roosevelt. El Canal trajo obligaciones inmensas que los Estados Unidos deben cumplir. Y sobre todo trajo algo de suma importancia: la construcción de ese Canal. Cambió totalmente las relaciones de los Estados Unidos con los pueblos vecinos al Canal. El problema fué otro desde que las aguas de ambos océanos se pusieron en contacto gracias a la obra inmensa de ingeniería y de rapacidad imperialista. Esa ruta no sólo constituye una de las más importantes para el comercio mundial, sino que es parte esencialísima de la defensa nacional de los Estados Unidos.

Y porque es poder de defensa han construído los Estados Unidos a su alrededor una estrategia grande en la cual cada uno de nuestros países debe ceder su porción en beneficio de la nación imperialista que lo dominia. El imperialista Castle no tiene impedimentos para declararlo. Sabe que la política del Departamento de Estado es agresiva y en mantener un dominio absoluto cifra sus empeños de todos los días. Los Estados Unidos, como parte de su estrategia naval, necesitan dar al Canal libertad de tránsito. Pues para lograrlo encontraron que la "estabilidad política" de Centro América debía estar regulada y administrada por el Departamento de Estado. Cosa natural tratándose de una empresa canalera tan grande como la de Panamá, emprendida precisamente en la porción de un Continente dividida en multitud de nacioncitas de quinta categoría. Castle habla con la experiencia y el conocimiento obtenidos en su puesto de dirección activa ocupada en el Departamento de Estado. Sus juicios son por esto de valor grande cuando a través de ellos queremos saber si los Estados Unidos son indiferentes a pactos acordados por las naciones centroamericanas al finalizar otros de factura yanqui.

Oigamos cómo es de desembarazada la palabra del funcionario que habla sintiendo las corrientes de una política tradicional de tutelaje y de conquista imperialista. Oigamos a este Castle ensoberbecido por el dominio de su República imperial: "Los Estados Unidos, en consecuencia, comenzaron a interesarse grandemente en las condiciones políticas de los países del Caribe, mucho más todavía a causa de la construcción del Canal de Panamá. Este interés se manifestó, no tanto en la intervención directa en los asuntos políticos de estos países, como ejerciendo quietamente toda la influencia posible para construir su estabilidad. Aunque no fuimos parte en los tratados de 1923, por los cuales las varias repúblicas de Centro América acordaron no reconocer a gobierno que surgiera de una revolución, el Gobierno norteamericano participó con su influencia en la organización del movimiento. Invitó a esos gobiernos a enviar representantes a Washington e informalmente estuvo de acuerdo en no reconocer a gobiernos que en Centro América no hubieren sido reconocidos". Pareciera que no hay nada nuevo en lo que hemos transcrito del ex-funcionario del Departamento de Estado. Y así resulta si lo dicho no se relaciona con la afirmación del mismo Castle de que los Estados Unidos asumieron grandes obligaciones de todo orden con la construcción del Canal de Panamá como ruta comercial en parte, como ruta de defensa nacional primordialmente. Esas obligaciones comprenden la quietud de todos los pueblos vecinos en muchas millas a la redonda del Canal. A los centroamericanos les toca un sosiego total. Sus revueltas deben desaparecer, no tanto por sentimiento de humanidad, como por necesidad de que las empresas promovidas por gente y capital de los Estados Unidos no sufran retrasos en el desarrollo calculado que las impulsa como factores de la expansión imperialista. Además, en las zonas metidas entre los Estados Unidos y el Canal de Panamá como empresa de defensa nacional deben mantenerse intactos y sin perturbación los medios de una comunicación naval rapidísima. En cualquier momento puede desatarse un conflicto horrendo y si ocurre cuando riñen nuestros pueblos, los pueblos vecinos al canal, los tropiezos serán muchos para el poderío de los Estados Unidos. Por esto idearon, con las obligaciones que el Canal les trajo, la estabilidad de la vida económica y política de nuestros pueblos. Los tratados celebrados periódicamente en Centro América con la participación solapada del Departamento de

Estado han sido siempre parte del plan de estabilidad exigido por la seguridad del Canal de Panamá.

Pensemos ahora si ha de serle indiferente al Departamento de Estado el trato que den nuestros congresos a los pactos venidos de Guatemala. Los puntos de vista del ex-funcionario del Departamento de Estado que hemos expuesto nos dicen que no. Pero también nos dicen que esos pactos no satisfacen plenamente al Departamento. En los de 1923 intercaló el principio de no reconocimiento a gobiernos nacidos de revoluciones. Los de 1934, fabricados en Guatemala, no lo traen. No es fácil que la exclusión satisfaga a la nación que concibió precisamente esa cláusula para garantizar estabilidad a los países vecinos a la empresa canalera de Panamá. Con todo, los pactos que están discutiendo los congresos centroamericanos no naufragarán por falta de que en ellos sea parte directa el Gobierno de los Estados Unidos. Tampoco lo fueron en los de 1923 y aquellos se deslizaron con una facilidad asombrosa. Con esta cláusula del no reconocimiento o sin ella, los pactos de Guatemala pasarán. Traen la novedad del compromiso que adquieren los gobiernos centroamericanos para la construcción de la carretera panamericana, otra empresa de factoría yanqui tan grande y de tanta trascendencia para la defensa nacional de los Estados Unidos, como la del Canal de Panamá. Quizá esto sustituye la cláusula del no reconocimiento. Trazando esa carretera que impulsan tenazmente los hombres del Departamento de Estado se da por ella acceso rápido a los Estados Unidos, a cada uno de nuestros pueblos. Y además, los Estados Unidos van comprendiendo que de muy poco les sirven en sus relaciones con estos países de la América nuestra los tratados. Es más desenvuelta la acción que ellos tienen cuando no ciñen el zarpazo a un tratado. El tratado no prevee todos los casos para justificar un acto de conquista. Y lo que los Estados Unidos quieren es tener siempre la justificación para sus atropellos. De modo que la política actual parece ser la de eliminar el tratado que queda impreso y por lo mismo lleva el escándalo prontamente. Conocidos los términos del tratado, levantadas las censuras en contra de los Estados Unidos. Sin tratado, se realizan los mismos actos de dominio imperialista. Por esto se echó por tierra la Enmienda Platt que ya constituía un motivo perpétuo de escándalo. No oirán más los Estados Unidos el clamor contra ese ordenamiento de artículos esclavizantes. Pero tampoco han mermado ellos su poderío en Cuba. Con Enmienda Platt y sin ella la piratería yanqui adueñada de todos los recursos económicos de Cuba, está garantizada. No necesita esa piratería del tratado que autorice el desembarco de milicias yanquis. Ha metido hondo el garfio de la conquista imperialista y no sale de esa entraña nunca. En el momento de la rapacidad no impide la falta de tratado el golpe salvaje.

De modo que estos pactos llegados de Guatemala por excluyentes que sean de la cláusula que dé a los Estados Unidos medios de ejercer el dominio tradicional que la seguridad del Canal de Panamá como ruta de defensa nacional tiene, no son indiferentes a la política de esa nación. Lo interesante es la existencia de empresas que miren hacia los Estados Unidos y tengan en la codicia imperialista de su plutocracia la atadura que las ampare. El Canal de Panamá cambió el problema de las relaciones de los Estados Unidos con estos pueblos. La carretera panamericana hará lo mismo. El pacto de Guatemala la incluyó, no para adornarse, sino para marcar al imperialismo yanqui una empresa que resulta vital para la defensa nacional que hace estratégico el Canal de Panamá.

Juan del Camino

Costa Rica y junio de 1934.



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Las desviaciones sexuales en los niños

Por HAVELOCK ELLIS (1)

= Arreglo y envío de e. g.—París, mayo de 1934 =

(Véase la entrega No. 15 del tomo en curso)

Cuando echamos una ojeada general sobre los fenómenos de la niñez y de la adolescencia, hemos visto que dejando a un lado nuestros prejuicios religiosos, éticos o sociales, estamos menos dispuestos a introducir la idea de "perversión". Biológicamente, muchas cosas que salen del marco de nuestros convenios, son naturales, y de un punto de vista etnográfico e histórico, no existe ninguna uniformidad en nuestros convenios. Encuentro completamente inadmisible y aún malo, el aplicar al niño el epíteto que ha empleado Freud frecuentemente, de "perverso polimorfo", aun cuando, como lo nota Jelliffe, este término ha sido luego reemplazado más o menos por "auto-erótico" o por "pregenital", que algunos encuentran preferible. En efecto, Freud mismo, se ha dado cuenta últimamente que las barreras que se levantan gradualmente alrededor del individuo que se desarrolla y que se educa, no existen aún para los niños. A este respecto no hay, pues, que hablar de "perversión" porque entonces sería juzgarlos precisamente como Freud ha dicho que no debe hacerse: "según el código moral y legal de personas maduras y completamente responsables". La impresión de "perversidad polimorfa" es puramente superficial; es, como he tenido a menudo la ocasión de decirlo, el género de perversidad que un observador ignorante podría encontrar al tallo enrollado de un helecho. Las condiciones de la vida requieren esta forma torcida en los seres jóvenes que crecen, y habría al contrario "perversidad" verdadera, si presentaran la forma del adulto.

De esto no hay, sin embargo, que deducir que no se encuentran anomalías sexuales en la infancia. Pero es más una cuestión de cantidad que de calidad, una cuestión de grado más bien que de especie. Pero que se trate de especie o de grado, no hay casi equivocación atribuyendo esos casos, al menos en parte, a un herencia malsana. Cuan-

(1) *Précis de Psychologie Sexuelle*. Alcan, París, 1934.

do el niño muestra transformaciones latentes del impulso sexual, susceptibles de perjudicarlo a sí mismo o a otros—tales como la algofilia o la cleptomanía (en asociación con la excitación sexual) —no se trata ya de un niño de herencia sana y nuestro interés estará entonces en descubrir los medios apropiados, terapéuticos o higiénicos, para tratar el caso. Pues debe recordarse siempre que en presencia de estos casos hay gentes que gracias a una conformación intelectual particular, parecen incapaces de apreciar los factores hereditarios en las acciones humanas, mientras que otros son igualmente incapaces de apreciar los factores adquiridos. Estas dos clases de personas hacen cada una un trabajo útil en la línea de su trayectoria visual; pero cada una tomada por separado es incapaz de obtener una noción exacta y equilibrada del mecanismo de la vida en su conjunto. Es necesario combinar sus maneras de ver si se quiere comprender verdaderamente el asunto y encontrar la cura que conviene a las anomalías, cuando son adquiridas, o asegurarles las mejores condiciones, cuando son innatas y constitucionales.

Hay dos especies de anomalías que se encuentran a menudo en la infancia, y que aun tienden a persistir en la vida adulta: la tendencia a la falta y la tendencia al exceso—condiciones hipo y condiciones hiper—. Anomalías sujetas a producirse en una civilización como la nuestra, donde los estímulos a la actividad sexual y las causas restrictivas de esta actividad, tanto externas como internas, se ejercen a la vez y con tanta fuerza. Las anomalías por falta (hipoestesia e hipoexcitabilidad) son menos graves, en la infancia, que las anomalías por exceso (hiperestesia e hiperexcitabilidad), pues indican simplemente un desarrollo lento, pero listo a progresar vigorosamente con la edad, siempre que este caso se produzca naturalmente y no haya sido causado artificialmente o de una manera puramente superficial, por las condiciones malsanas del medio físico o psíquico.

En cuanto a las anomalías por exceso, son tan numerosas y a menudo tan complejas que cada una debe ser considerada en sí misma. Es necesario aquí un médico sagaz, que conozca bien a la infancia y sus dificultades. Antes, se puede decir que tales médicos no existían; hoy, están lejos de ser numerosos; pero hay buenas razones para esperar que paralelamente al estudio del niño y a la corrección de la infancia (**child guidance**) que actualmente se desarrollan, el tratamiento apropiado de tales anomalías no será tan difícil de encontrar.

Actualmente se reconoce, cada vez más, la utilidad de las clínicas de orientación de la niñez, desde que en 1909, gracias a la inspiración y a la generosidad de Mrs. W. F. Dummer, el **Juvenile Psychopathic Institute** fué fundado en Chicago, con el Dr. William Healy como director, y pasó a ser en 1914, una dependencia del Tribunal para niños. Se puede decir que este fué el origen del movimiento en favor de las clínicas de orientación, que tales como se han desarrollado desde entonces, consisten esencialmente en un equipo de tres personas, el psiquiatra, el psicólogo y el agente social. Sucede a veces que un médico dotado de una experiencia especial de estos casos, combina más simplemente y más cómodamente estas tres funciones en su persona, pero las capacidades exigidas se encuentran rara vez reunidas, y el médico ordinario no tiene el tiempo necesario para esta función especial. Es probable, por consiguiente, que estas clínicas continuarán a desarrollarse, pero sin sujetarse a una escuela especial, teórica o práctica, que no sería deseable. El Instituto new-yorquino de orientación de la niñez ha sido fundado sobre una gran base. La clínica londinense fué creada en 1930.

Pero, en lo esencial, es en el seno de la familia donde la orientación del niño debe comenzar, y para la mayoría de ellos, terminar. El guía natural y de elección del niño, es la madre—aunque la actuación del padre sea importante, aun en la educación de las hijas. En los tiempos que corren, la maternidad es una vocación seria, para la que todas las mujeres no son aptas. Es una disciplina que tiene sus grandes exigencias, y las mujeres agradecerán, si en un mundo que rápidamente se sobrepuebla, los Napoleones del porvenir no clamarán al lecho conyugal su provisión de carne de cañón. Lo que la humanidad requiere hoy, son madres en pequeño grupo, pero de la mejor clase. Indudablemente esto será una revolución en nuestra vida sexual, que como toda revolución de este género deberá comenzar por la infancia.

Desde este punto de vista, las madres de la época inmediatamente precedente a la nuestra, pueden dividirse en dos grandes grupos: una mayoría, que sea por ignorancia o por timidez, desconocían todo o casi todo de la sexualidad de sus niños (actitud feliz a menudo); y una minoría, que conociendo a medias, con su ansiedad y su aprehensión, no eran del todo afortunadas. Hoy, la madre nueva, respirando en un mundo donde una atmósfera más pura comienza a rodear las cosas del sexo, aprende a adoptar una actitud bien diferente de las indicadas. Vive informada y a la página, pero al mismo tiempo no se apresura a intervenir, ni aun en aquellas manifestaciones cuyas tendencias y naturaleza no está segura de conocer bien. Se da cuenta, a veces de una manera más bien instintiva, que su hijo debe pasar por diversas fases antes de alcanzar su desarrollo completo, y que intervenir de una manera ansiosa en actividades que parecen indeseables, puede ser más dañina que estas mismas actividades, y que lo esencial es comprender al niño, ganar su confianza y llegar así a ser la mejor consejera en sus dificultades.

Si del medio familiar pasamos a la escuela, las dificultades aumentan, porque la escuela, donde los niños están mezclados, lejos de la dirección de aquellos que los conocen y los aman, es necesariamente un estado de vida anti-natural, en que se multiplican las posibilidades dañinas. El método corriente en las escuelas, era como se sabe, cultivar la ceguera, y cuando por casualidad se descubría un culpable, hacer con él "un ejemplo". Mientras que las prácticas auto-eróticas de las niñas, bajo sus formas muy variadas, se prosiguen en secreto y a menudo más o menos inconscientemente, los muchachos disimulan menos; en las grandes escuelas se descubren a veces clubs de masturbación, sociedades secretas, cuya existencia no sospechan naturalmente los maestros. En un tal medio, hay generalmente algunos muchachos excepcionales, dotados naturalmente de un temperamento hiper-sexual, de la clase llamada de "niños-problemas", cuando se les descubre. Como a su morbidez se asocia a menudo la fuerza de carácter, tienden a ejercer una influencia malsana sobre sus camaradas, de temperamento más normal, pero en una edad todavía impresionable. Cuando varios niños se educan juntos, es esencial eliminar cuidadosamente estos casos excepcionales, si se quiere que los otros sigan libremente su desarrollo natural. El tratamiento que implica el alejamiento de estos "niños-problemas" debe ser siempre particularmente individualizado, porque los casos son infinitamente variados y requieren un tacto bien

especial. Si se descubre a menudo en esos niños un elemento sexual anormal, las particularidades de su conducta, que tienen con frecuencia un carácter anti-social, se refieren a otros dominios fuera del sexo.

En los niños ordinarios, es cierto, sin embargo, que la responsabilidad incumbe en primer lugar a sus padres, y sobre todo, a la madre. Se reconoce actualmente en todas partes la influencia nefasta de los padres incompetentes, descuidados o insensatos. Aun aquellos que no aceptarían entrar en una u otra de esas categorías, siempre se exponen, si se absorben en sus propias ocupaciones, o siguiendo la moda intelectual, practican alternativamente una severidad desatinada o una indulgencia igualmente poco juiciosa, a provocar en sus niños las reacciones de un espíritu crítico que se instituye juez de su actitud. Porque los niños, hiper-críticos con sus padres, ansian que sus padres sean modelos de perfección.

El profesor W. Cullis, en una reunión de la Asociación de Padres de Familia, en Londres, anotaba lo siguiente: "A los niños, la mejor disciplina y la mejor enseñanza del control de sí mismo, se la dan los otros niños". Esta observación es justa, siempre que se la asocie a las observaciones que presentamos aquí. Debemos vivir con nuestros semejantes y no lo podemos sin disciplina ni control. Será siempre necesaria la represión en la vida, en el sentido de refrenar ciertos impulsos y renunciar a ciertas posibilidades naturales. No hay lugar en la vida social a la licencia sin freno. Como lo ha dicho Freud tan bien en la admirable 27ª lección de sus **Leçons sur la Psychanalyse**, "la vida libre es ella misma una represión", porque oprime la mitad de nuestros impulsos, la mitad más humana, en que reside, al fin de cuentas, lo principal de nuestra felicidad. Vale más que los mayores no sean autoridades que imponen su disciplina y su control, pero más bien guías y árbitros en las dificultades que se presenten. La formación de una disciplina aceptada y de un control de sí mismo, principian en la infancia; y es la vida con nuestros semejantes, terreno de entrenamiento de toda educación de valor, el medio donde se manifiesta lo más sana y naturalmente.

España sangrienta...

Por MAX JIMENEZ

= Colaboración. Nueva York, mayo 1934. =

El cariño engendra autorización, frecuentemente autoridad, probablemente sea la defensa de lo que se entrega: el cariño, contra una respuesta fracasada.

He explicado que puedo meterme en lo actual de España, bien pueda ser con razón equivocada pero de juicio honorable. Bastaría el idioma, esa terrible fuerza que debiera ser para nosotros el idioma. Una vez ese maravilloso viejo, don Miguel de Unamuno, fué llamado en París, para que se ocupara de los asuntos de Nicaragua; el maestro basó su intromisión en dificultades de terceros, en el valor del mismo idioma. A él Nicaragua poco le estaba importando, pero mamábamos de la misma lengua.

Durante mis estadas en España, tenía yo que tomar con dolorosa sonrisa, los chistes sobre nuestras políticas revolucionarias: "Por qué pelean Uds. tanto"; otro "por qué viven Uds. en perpetua revolución"; "Uds. son países de chiquillos malcriados"; "por qué no se sosiegan Uds."

Por qué no se sosiega España; ahora estamos confundidos en la misma tragedia transcendental. Su problema es el nuestro, la única diferencia ha sido haber podido nosotros desarrollar las herencias de España, por haber tenido más libertad en algunas ocasiones.

En la vida animal, el sobrante aun de alimentos benéficos, es pernicioso para la salud. Pues lo que tiene España es sobrante de héroes, los cuales son tolerables en muy poca cantidad y en rarísimas ocasiones.

Tomemos a España por sus manifestaciones: su música, no existe otro país en el mundo, que tenga armonía propia más digna; aun sus cantos llorones están llenos de dignidad. ¿Qué son los bailes españoles sino una lección de dignidad? De la más pura dignidad. Contra los tangos pamperos, la mujer española baila dentro de un mundo de maravillosos orgullos.

Ahora todo español se siente obligado a salvar a España, y lo que están consiguiendo es hundirla: "Todo español ha escrito una constitución en la mesa del café". Antes la escribía, ahora la pone en práctica.

El heroísmo español ha traído por consecuencia una confusión de habilidades, todos son políticos.

El muy ilustre Américo Castro, se quejaba de la escasa producción literaria de la república. Unos literatos se volvieron políticos, los otros dulces dormilones de la diplomacia.

España padece como nosotros de los mantenidos por el presupuesto; es una enfermedad cómoda, como es cómodo ser servidor sin amo. Los servidores y políticos de limitadísima capacidad y oficio se ganaron los puestos por osadía política, o por parentesco de señores pronosticadores de la república. Ahora, no obstante su incapacidad para gobernar, España tiene que aguantarse —será por agradecimiento—tantísima incapacidad.

España tiene que encauzar su heroísmo; claro está que le sobran hombres, pero allá como en nuestra América no se usan los indicados.

Los literatos pueden dar las ideas; España está plagada de ensayistas, pero que quieren repicar y andar en la procesión.

Un sabio gobernante le quitó de las manos a un virtuoso, el instrumento en el cual interpretaba; lo hizo mal. Así tenía que ser porque su oficio era el de ser un buen gobernante.

En España, ingenieros conducen tranvías; hay guardias de asalto que son médicos. Ni los unos son ingenieros ni los otros médicos, sino desgraciados que no han sabido acomodar el heroísmo a sus condiciones.

Probablemente hacen falta quienes exalten el cumplimiento del deber, no para componer a España sino para reconstruirla.

Todo esto ha sido dicho con la doble conciencia del parecido de nuestros males.

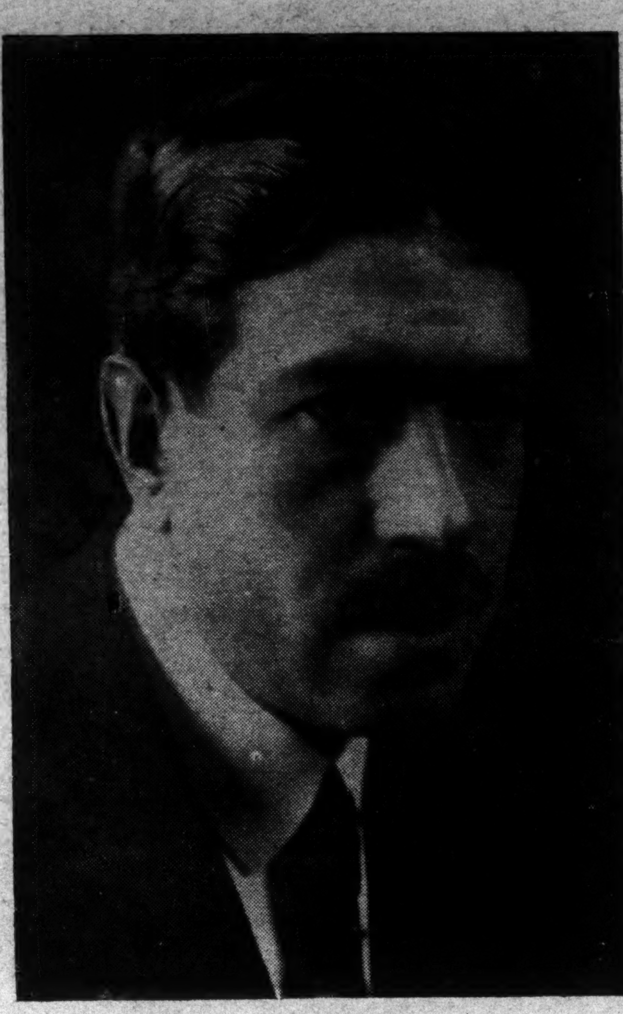
Solamente que España tiene que ser patria, para los que hemos nacido en los pequeños países, y el actual ejemplo es feo.

De estas líneas puede decirse como de Shelley, que las he sentido con el intelecto.

Alcides Arguedas

Por LEONARDO PENA

=Colaboración. París, Mayo de 1934. =



Alcides Arguedas

Cuando Alcides Arguedas, con esa serena contradicción que es una de las más hermosas características de su espíritu, tuvo el raro valor moral de publicar su candente **Pueblo enfermo,** señalando los defectos o los errores que han conducido su patria al marasmo del cual no logra aún evadirse, el gobierno boliviano tuvo el raro mérito de agradecérselo y de recompensarlo, nombrándolo Secretario de Legación en Europa. Más tarde, en su **Historia General de Bolivia,** Arguedas tuvo palabras de ruda franqueza para juzgar el último movimiento revolucionario de su país. Meses más tarde, el caudillo tan acerbamente criticado, escuchando el clamor de la juventud estudiosa de Bolivia, supo sobreponerse al resentimiento natural que el juicio del historiador debió causarle y ofreció a Arguedas, que se encontraba en París, el puesto de Cónsul General en Francia. Esos son hechos que sí honran al pueblo que ha sido capaz de realizarlos, igualmente honran al hombre que los ha inspirado.

Cuando se conoce el espíritu elevado que es Arguedas, su lealtad, su comprensión, su limpieza de alma, su inexpresable piedad, a la vez tierna y brusca, y la altísima concepción moral que tiene del Universo, tales manifestaciones aparecen normales. Lo contrario, sí nos habría extrañado, porque dado su corazón humilde (que no está en contradicción con su fiereza de alma) y dada la extrema sensibilidad que esconde bajo una apariencia de rudeza, él ha conseguido darle a su vida una perfecta rectitud y a su obra, una significación sana, segura y armoniosa. Una obra sana y una vida recta se ponen fácilmente al unísono de un pueblo, aun cuando el corazón de ese pueblo yazca sumergido en el espesor de los acontecimientos. Es un hecho gracioso de sencilla espontaneidad humana, en el cual la sangre de la nación se mezcla al espíritu de sus hombres representativos, para florecer en energía, en idealismo, en conocimiento, en perfección. Y de ahí el que tanto los pueblos como los artistas anhelen esas místicas comuniones que raramente se terminan en un desencanto.

Entre Arguedas y su patria el contacto es hondo y seguro, pues, no sólo el literato que hay en él ha bebido su inspiración en las fuentes más claras de la altiplanicie boliviana, sino que luego ese literato se ha convertido en el artesano de la historia nacional; en un artesano que ama los materiales con que trabaja hasta sentir el escozor al usarlos.

El rol del historiador es un poco el rol del minero, que cava en las entrañas vivas de su patria, para extraer el mineral que ha de vaciar luego en los moldes perdurables, apareciendo como el exponente del vasto espíritu de su raza y como un guardián del bien social y de los valores substanciales de su tierra. Y como la historia, más que una ciencia es un arte, en el cual se triunfa un poco por la imaginación, es lógico que sean los grandes artistas los que hagan las mejores historias. Tal es el caso de Arguedas. Después de haber ecrito su **Raza de Bronce,** que es un poema y una epopeya, se ha dedicado a escribir la historia de su país, que restaba sin historia—un país sin historia es como un hombre sin nombre: se presiente a dónde va; pero ¿se podría decir de dónde viene?—tomándolo desde su nacimiento a la vida libre, con la fundación de la República, para conducirlo hasta nuestros días. Es una vasta labor en la cual Arguedas trabaja incansable, remachando, uno a uno, los innumerables clavos del metálico puente que, un día, le permitirá al pueblo boliviano de ir hasta la doliente profundidad de su pasado y de recorrer los mil escondidos meandros, desenvueltos en ondulaciones de taimada grandeza, pero con escasas vibraciones humanas, que componen su historia.

Indudablemente que una **Historia de Bolivia** no puede tener ni la atracción, ni el interés de una **Historia de Francia,** en donde la obra de los siglos aparece violentamente agitada por el enorme ritmo de la vida, de las pasiones y de las ideas; pero, no siendo, en síntesis, la historia de Bolivia, sino la historia de los caudillos letrados o bárbaros que han dirigido sus destinos, ella tiene así un carácter más particular, más personal, más pintoresco. Y más dramático, lo que llega a convertirla a veces, en una tragedia: la tragedia de todos esos pobres países de América, ocupados en arrancarse sombras de poder en simulacros de República.

Con la sinceridad que lo caracteriza, Arguedas no ha trepidado en señalar un curioso aspecto de la psicología boliviana y, que es un poco, de todos los países de América: ese afán de **figurar** que corroe a sus hombres dirigentes, lo que le da a la mayor parte de esos países, un aspecto de tinglado de feria; tinglado que haría reír si en él no se jugase el inmenso drama de la vida nacional y si, por encima de los saltimbanques o de los bandidos que los dirigen, no se viese la lucha desesperada que sostienen los pueblos para liberarse de la tiranía, de la corrupción, del nepotismo y de la barbarie, y para implantar la práctica de las instituciones liberales maltratadas, de las indolentes libertades desconocidas y del divino derecho despojado de sus reales prerrogativas.

Para reconstituir el pasado, el historiador entra en contacto con los hombres y las cosas que ya no existen, y valiéndose de su mágico poder de resurrección, las obliga a salir de sus tumbas, para presentarlos ante el juicio definitivo de los hombres. Y como son almas, y las almas no pueden vestirse, están obligadas a presentarse desnudas, sin que ninguna hipócrita maniobra les permita velar sus fealdades. El historiador tiene, así, dos placeres que no pueden ser comparados a ningún otro placer: el de aplicar el hierro rojo cuando hay que aplicarlo—¿conoceríamos a los Césares, sin ti, ¡oh, Tácito!, y sin ti, ¡oh, Suetonio?—y el de admirar cuando se presenta el simple y grandioso espectáculo de un corazón en estado de pureza, ¡oh, Plutarco! Así ¡con qué calenturienta tranquilidad, Arguedas coge a esos trágicos peleles: Melgarejo, Morales, Daza y los sacude como en una vertiginosa y quemante saturnal!

A su sentido crítico, que jamás le permite dejarse seducir por los infinitos aspectos que llenan el camino de la historia, Arguedas une un gran dominio de sí mismo, que le permite sofrenar su sensibilidad, esa perversa sirena que canta en todas las playas del conocimiento humano y que hizo de Michelet un poeta lírico más que un historiador. Así, sin sirenas, ni espejismos, la obra de Arguedas es la de un perfecto cronista, cuya sola regla y cuya grande y sola inspiratriz es la exactitud.

Sólo en un punto, Arguedas se aparta de su serenidad habitual: cuando se refiere a la guerra del 79, que él llama "la guerra injusta". ¿Injusta? Para mí ha sido siempre un motivo de asombro el que, mientras hay cuatro millones de chilenos que creen firmemente que la

(Pasa a la página 364)

A propósito de Unamuno

Por EDUARDO ZAMACOIS

= De *Ahora*. Madrid. =

La grey rebañega; los entendimientos sedentarios y lentos proclives a vestirse—si es que se visten—con ideas ya "hechas", porque el menor esfuerzo mental les acarrearía dolores de cabeza; los servidores pasivos de "la opinión" que, con el aplomo de quienes no discurren—porque discurrir es dudar—hablan contínuamente de "lo que debe ser", han conseguido confeccionar las leyes según la medida de su mediocridad. Los rebeldes, los selectos que, por alimentar ideas personales, representan la inquietud, la indisciplina y la protesta, se arrastran apesgados bajo la pesadez asfixiante de la mayoría. En la tediosa colmena humana, no es la calidad de los individuos, si no su cantidad, lo que prevalece. Los "carneros de Panurgo", aunque mansos, derriban fácilmente a sus pastores y caminan sobre ellos, y así, la carnerada poco a poco hizo de nuestra vida moral un tablero de ajedrez. La civilización, obra luminosa de unos cuantos elegidos, es tesoro mostrenco. La multitud gobierna, la rutina borra los nuevos derroteros y en el mezquino retablillo de nuestras costumbres todo bosteza alineado, clasificado, encasillado... ¡hasta el espíritu!...

Como en los Ministerios, en el libérrimo gimnasio de la vida, las almas adelantan sujetas a los imperativos del escalafón. La insignificancia gris de "los iguales", de cuantos marchan a compás, ha buscado en el escalafón un medio seguro de defensa. En el escalafón el tiempo suple al mérito, y cuando éste le estorba, lo rechaza y lo anula. El escalafón, que triunfa en la oficina como en la calle, es el adversario victorioso de la idea, la losa tumbal con que la condición retardataria de las multitudes aplasta a los nacidos para caminar de prisa. El dios Escalafón dirá cuándo hemos de empezar a estudiar, cuándo tendremos derecho a intervenir activamente en la vida pública y cuándo deberemos retirarnos de ella. El escalafón es la batuta que regula nuestro dinamismo y que, juzgando a las almas por su envoltura carnal, le gritará al niño, ansioso de aprender: "¡Todavía no!"... Y al anciano, por fuerte que sea: "¡Basta; no luches más; retírate!"... Con lo cual infringirá a entrambos notorio perjuicio.

En estos días el escalafón ha echado una paletada de ingratitud, de sombra y de silencio sobre don Miguel de Unamuno, uno de los espíritus más llenos de sol de la España actual.

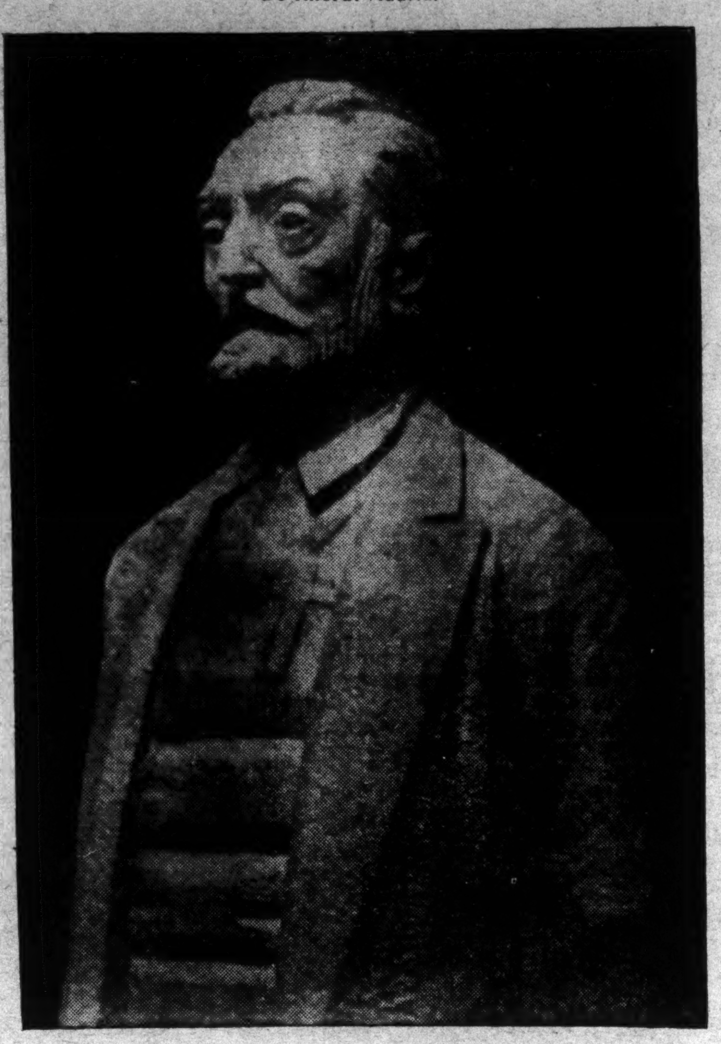
Observando cómo los humanos se amparan y asociándose—con fines interesados, naturalmente—, logran "enchufarse" aquí y allá, hemos llegado a autoclasificarnos" entre "los inservibles", ya que nadie jamás nos otorgó protección ni tampoco estuvimos colocados en ninguna parte. Nosotros ignoramos la dulzura de cobrar un sueldo, y, consiguientemente desconocemos esa alegría de "a primeros de mes" que esclarece el semblante de los empleados; y el hecho de que no haya habido ministro ni "Sociedad Anónima" que reclamase nuestra colaboración, evidencia que, desde cierto punto de vista—o acaso desde todos—no aprovechamos para nada.

Queda explicado el por qué no sabemos a qué edad el Estado jubila a sus servidores. O, en otros términos: a qué edad—y en el brevísimo espacio de veinticuatro horas—automáticamente los descalifica y arrumba. Porque la jubilación equivale a un certificado de incapacidad; representa "in partibus" la "muerte civil" del jubilado, y hay mucho que considerar y mucho que decir acerca de la fecha en que documento tan trascendental puede expedirse.

Las diversas etapas de nuestra vida física aparecen limpiamente deslindadas; cada una de ellas tiene sus rasgos propios: conocemos los fenómenos que ponen término a la infancia, y cuándo la adolescencia se resuelve en juventud, y la época en que, apagada la hoguera viril, la ancianidad asoma. El derrumbamiento artero de nuestra carroña es visible: lo acusan las piernas que se debilitan, el busto que se encorva, la voz que se quiebra, las pupilas que el cansancio de mirar enturbia...

¿Pero quién demostró que las actividades del pensamiento corresponden a las de nuestra materia? ¿Acaso no estamos hartos de conocer caracteres quintañones metidos en cuerpos de treinta años y viceversa. Y si abundan los viejos jóvenes y los mozos en plena senectud mental, habremos de aceptar la imposibilidad de imponer al espíritu las edades del cuerpo. De donde deducimos la injusticia evidente de algunas jubilaciones. La ley que a esta cuestión se refiere, como obra que es de la colectividad, sólo a los individuos vulgares que la componen merecidamente puede aplicarse. En los adocenados, los dinamismos moral y físico mantienen un consorcio tan estrecho, que, al par que la carne se les arruga y enfría, el entendimiento parece llenárseles de telarañas. A estos individuos—en quienes la vida vegetativa predominó siempre—, por su ritmo uniforme, por su andar acompasado, porque siempre marcharon "en fila", la sociedad debe eliminarles a fecha fija, en el convencimiento de que la mayoría de ellos arribarán a la edad triste de la jubilación casi a la vez.

¿Mas, cómo medir por este rasero a hombres de la aventajadísima talla intelectual de Unamuno? Nos parece lógico que a nuestro admirado don Miguel se le prohiba montar en bicicleta, subir a un "ring" o intervenir en un partido de



Unamuno Visto por *Victorio Macho*

Autenticidad

Por MIGUEL DE UNAMUNO

= De *Ahora*. Madrid. =

Me pregunta usted, amigo mío, qué es eso de "auténticos", y sé por qué me lo pregunta. Porque ahora se habla, más a tontas que a locas, de republicanos auténticos y de Gobiernos auténticamente republicanos. Como podría hablarse de monárquicos auténticos. Ciento por ciento y sin trampa ni cartón. Pero ¡si viera, mi amigo, lo que me está haciendo sufrir—así, sufrir—esta triste enfermedad mental y, por lo tanto, afectiva de nuestro pueblo político, que no tiene ideas claras porque no tiene palabras claras!... Y como no sólo se piensa, sino que se siente con palabras... Yo no sé más que ellos, que no lo saben, lo que quieren decir con esa autenticidad. Oigo hablar de teocracia a los que no saben qué es ni teo ni cracia, de feudalismo a los que ignoran que no lo hubo en España, y llamar medievales a monumentos o institutos del siglo XVII. Pertenecen esos cuitados enfermos a la laya de aquel que puso con letras de almazarrón en las afueras de Valladolid este letrero: "Abago la gera". Peor que analfabetos.

En cuanto a lo de auténtico, le contaré lo de aquel que, como al decir: "¡Al fin, di con un hombre auténtico!", le preguntaran: "¿Y qué es eso?", respondió: "¡Pues...., pues un hombre de tamaño natural!" Y así, un republicano o un monárquico auténticos serían un republicano o un monárquico de tamaño natural. "¿Ortodoxos?", me preguntará usted maliciosamente. Pues mire, en Balaguer ha-

(*Pasa a la página siguiente*)

futbol; don Miguel, aunque vigoroso todavía, no está ya en sazón de lanzarse a tales empeños. Lo que no admitimos es que le quiten su cátedra. El autor "Del sentimiento trágico de la vida" campeón entre los escritores más ágiles, más fértiles, más amenos y, por de contado, más personales de nuestra época. Todos los días el Maestro nos sorprende y recrea con algo insólito, con algo "suyo"; al Maestro se le ocurren ahora más cosas graves o pintorescas que nunca; y las dice con el mismo desenfado y la misma meridiana y donairosa claridad que lo hizo siempre; don Miquel se renueva; su alma se levanta todas las mañanas llena de trepidaciones y de originales atisbos; curioso, férvido, combativo, don Miguel de Unamuno lleva un estudiante en su corazón...

Sin embargo, unos señores oscuros, unos señores anónimos—jubilables, probablemente, desde que nacieron aunque todavía sigan en activo—se reunen y declaran en la "Gaceta" "que don Miguel ya no puede continuar desempeñando su cátedra porque está viejo".

¡Unamuno viejo!... Lo que quiere decir: Unamuno decadente, distraído, afásico, desmemoriado, inútil; Unamuno con el cerebro en tinieblas y sin voluntad...

¿Qué opina usted de esto, lector?... El Estado se opone a que don Miguel siga enseñándonos, y si lo hace—que sí lo hará—necesitará recurrir para ello al periódico, a la tribuna, al libro o al teatro. A la cátedra, no. El Ministerio de Instrucción Pública, colocando una vez más la ley escrita sobre la gran ley incontrovertible del senido común, lo ha decretado así. La sabiduría del glorioso y arisco profesor de la Universidad de Salamanca, ha cesado de ser oficial; Unamuno, "oficialmente", ya no merece tener discípulos.

Sobre esta determinación, cuya absurdidad nos ha colmado de estupor y de dolor, ha florecido una ironía, y es la siguiente:

Alguien—probablemente algún político—ha lanzado la idea de donar a la Universidad salmantina un busto de Unamuno. Aprobamos el proyecto. El busto lo hará Victorio Macho y estará muy bien. Macho es capaz "de sentir" a Unamuno; bajo los dedos animadores de ese gran artista la piedra tiembla y se hace idea... Pero, ¿no encierra un disparate amargo el hecho de substituir la fuerte cabeza, todavía viva, palpitante y llena de ardores del Maestro por una cabeza muda y fría de mármol?... ¿No vale más el verbo que la línea?...

AUTENTICIDAD...

(Viene de la página anterior)

bía un procurador que definió la república diciendo que era una iglesia en que todos eran herejes. Herejes de sí mismos, supongo.

Mas dejando estas amenas distracciones vengamos a lo de auténtico. Que es, según nuestro Diccionario oficial—auténtico—lo "acreditado de cierto y positivo, por los caracteres, requisitos o circuntancias que en ello concurren"; lo "autorizado o legalizado que hace fe pública". A lo que se atendrá nuestro don Niceto, acreditado, asiduo y consecuente académico de la Lengua. Eso ha venido, en efecto, significando auténtico. Y antes, lo primitivo, lo que hace autoridad y propiamente lo que es dueño de sí. Hoy todavía, en el griego actual, en el romaico "authentis"—la th se pronuncia como nuestra z—, que también se dice "afentis", es príncipe, señor, amo, dueño de sí, y "afentia", señoría o nobleza. En su primitiva composición equivalía al que o a lo que tiene su propio ("autos") dentro ("entos"), al que o a lo que es entrañado, íntimo. El "authenta" era el que hacía algo por sí mismo, de propio e íntimo impulso. ¿Y sabe usted, amigo mío, lo que quería decir para los más auténticos helenos, como el supremo historiador Tucídides y el supremo trágico Esquilo? Pues... homicida. Hay una expresión esquiliana que podríamos traducir así: "auténtica muerte consanguínea", y es la cometida por mano de un pariente de la víctima. Tal un parricidio.

Y ¡ah si supiera usted las resonancias íntimas que esa palabra agorera, que tan a tontas emplean nuestros... netos, me saca del fondo del alma, del centro ("entos") de ella! Hallándome hace unos años en Barcelona, visité algunas veces el manicomio de Corts, en Sarriá, donde me reunía con aquel mosén Clascar, capellán de la Casa de Maternidad, de tan hondo espíritu religioso y civil. El director del manicomio, señor Córdoba, me dijo que un recluso, un interno, sabedor de mis visitas, deseaba conocerme, y un día me presentó a un joven bien portado, un melancólico, catalán él, que me preguntó: "¿El señor Unamuno?", y como le dijese que sí, añadió: "¿Pero el auténtico, ¿eh?, el auténtico, y no el que viene pintado en los papeles?" "¡El auténtico, sí!", le dije, sin saber bien lo que decía, y él entonces, con un "¡Gracias!", se me despidió sin más. Y no sabe usted lo que tardé en dormirme pensando si el pobre enajenado tendría razón, si sería yo el auténtico y no el que viene pintado en los papeles o aquel a quien en los papeles se le hace hablar.

Usted recordará, lector y amigo mío, que en el prólogo a mis "Tres novelas ejemplares y un prólogo" me refiero a aquello de Oliver Wendell Holmes—¿cuándo lo traducirán?—de los tres Juanes y los tres Tomases que hay cuando conversan Juan y Tomás; el Juan real, conocido sólo de su Hacedor; el Juan ideal de Juan y el Juan ideal de Tomás y tres Tomases análogos. Pues bien: lo mismo ocurre con el escritor—o el orador— y su público, que hay el escritor, el publicista, el orador, tal cual es, tal cual Dios le conoce; el que él mismo se cree ser y el que le cree—o le supone—su público. Y tres públicos: el que sólo Dios conoce, el pueblo tal cual es íntima y auténticamente; el pueblo tal cual se cree ser, si es que el pueblo se cree ser de algún modo, si es que el pueblo tiene conciencia de sí mismo, y el pueblo, por último, tal cual le cree el publicista, el orador, el político, el hombre público. ¿Cuáles los auténticos?

¡El auténtico!, el real Juan, conocido sólo por su Hacedor—"known only to his Maker"!—. ¡Ay, el loco del manicomio de Sarriá! Pablo de Tarso, que tanto sabía de locura—de la locura de la Cruz—, nos dejó dicho en su primera epístola a los Corintios (VIII, 3) que "si alguien ama a Dios, es conocido por El", y en la a los Gálatas (IV, 9), "conociendo a Dios, o más bien, conocidos por Dios". ¡Ser conocido por Dios, por el Hacedor, ser soñado por el Supremo Soñador, ser el real Juan, el Juan ideal, el Juan arquetípico, el Juan auténtico! ¿Y no será este Juan ideal y real a la vez, de la realidad ideal, este Juan íntimo y auténtico un matador de sí mismo? ¿No se estará matanto ese que es, autenticando?

Pero... ¡basta, basta! Que a nuestros auténticos repúblicos, republicanos o monárquicos o mestizos, ambiguos o epicenos, diestros o siniestros, a éstos no parece que les haya torturado mucho el terrible problema de la autenticidad. Hay republicanos sedicentes auténticos y auténticos sedicentes monárquicos. Y los hay netos: republicano neto, monárquico neto. El rey neto se llamaba al rey absoluto, no constitucional. Y ahora parece que republicano neto quiere decir constitucional. Absoluto y constitucional a la vez. ¡Tiene unas cosas el lenguaje cuando enferma de tal manera!... Parece ser que por encima de la Constitución está la República. La Constitución es de papel, y la República —su pasta—, de cartón. Y por encima de la República está la revolución... ¿Encima, debajo, dentro? ¡Ay, el melancólico asilado del manicomio de Sarriá! Si es que vive todavía y se pone a inquirir si la Constitución es auténtica y no solamente de papel, y si la República es auténtica y si es auténtica la revolución, ¿qué sacará en limpio? Aunque sí, la revolución, sí; la revolución es auténtica en el sentido primitivo helénico, el de Tucídides y Esquilo, el sentido histórico y trágico. No en el que sus hacedores le dan. Porque esos hacedores, esos revolucionarios—de palabras, ¡claro!—no conocen su obra. Ni menos conocen al pueblo sobre que operan.

Perdóneme, amigo; creí que me perdía. Y que perdía el juicio. Porque temo perderlo. Y es que estoy leyendo estos días escritos—artículos, discursos—de amigos míos en cuya entereza de seso y de conocimiento y de serenidad de juicio confié, y les siento auténticamente enajenados. Están en "abago la gera". Parece que es la revolución. O mejor, la enfermedad.

Dios mío, Dios mío, ¿cómo conoces a España?

El panamericanismo en acción

Por J. ENAMORADO CUESTA

= *Envío del autor.* San Juan, Puerto Rico.—Mayo de 1934. =

Hace muchos lustros que el titulado "panamericanismo", creación imperialista yanqui, está en acción en los países de la raza en América, para abrir brecha a la penetración económico-política estadunidense en esas repúblicas. Hasta ahora, sin embargo, esta absurda doctrina que se inspira directamente en la fórmula monroísta "América para los americanos"—léase "América para Estados Unidos"—no había sido puesta en juego por el imperio en Puerto Rico. No se había considerado necesario, ya que hasta ahora no se había concedido importancia racial al pueblo del país intervenido y se contaba con que éste se plegaría, con plástica voluntad, a la política de yanquización "a outrance" puesta en voga por los agentes de la intervención ayudados por los sicofantes nativos a sueldo.

Las cosas sin embargo han variado. El pueblo de Puerto Rico es considerado ahora como una unidad vertebrada, gracias al robusto pronunciamiento de las ideas integrales de los maestros de nuestra orientación nacional—Betances y Eugenio María de Hostos—y, el régimen de fuerza que rige los destinos de la isla no puede ya persistir en la ignorancia estudiada de nuestro origen racial y el sentimiento hijo de éste que lenta, pero inflexiblemente se plasma en la conciencia puertorriqueña.

Y ahora se nos presenta el "panamericanismo" vestido con la tradicional piel de carnero que ostentó el lobo de la fábula para asegurar su permanencia en el rebaño.

Y astutamente, se trata de utilizar para este avieso fin a la mujer portorriqueña, es decir, la parte más sensible y, por tanto la más vulnerable, de nuestro conglomerado social.

Se funda—o se revive, que para el caso es lo mismo—la "Unión Panamericana de Mujeres de Puerto Rico" que equivale a tanto como decir: la "Asociación de primas hermanas de Africa" o la "Asociación de suegras esquimales del Círculo Artico". Y estas buenas señoras tratan a su vez de revivir lo que revivir no se puede, porque no ha muerto, por la sencilla razón de que nunca ha existido, una conciencia panamericana en América. Lo que es más, no puede ni podrá nunca existir, ya que no existen los vínculos étnicos necesarios para la formación de tal conciencia.

Se organizan actos públicos para promover el **panamericanismo.**

Y en éstos, ocupan las candilejas los grandes arciprestes de la **americanización** de Puerto Rico, desprovistos ya de la magnificente vestidura hecha con la bandera estadunidense que solían ostentar antaño. Ahora lucen la alba clámide del magistrado, el levitón del profesor o la cofia de la "trabajadora social", es decir, la agente a sueldo de la caridad organizada que con tanto éxito ha puesto en práctica el régimen yanqui en su propio país y en todos aquellos en donde ha organizado "misiones" que abran el



Indígena mexicano

Pintado por *Foujita*

camino para la penetración económica que sigue siempre a los piadosos misioneros "nurses" y doctores en patología tropical.

De ahí el "Día de las Américas", la "Casa de Puerto Rico" (¡en Puerto Rico!) y otras monstruosidades mostrencas—puesto que no hay paternidad legítima que las avalore—con que se llenan las columnas de nuestra prensa diaria y los flamantes boletines de la Unión Panamericana en Washington.

Lo que hasta hace poco era descartado como cifra insignificante y despreciable, la personalidad portorriqueña, no hay más remedio ahora que reconocerlo y por lo tanto, se trata de hacer lo que se hace cuando se le da beligerancia a un enemigo: vencerlo. Pero sería muy arriesgado hacer esto por los métodos clásicos de la fuerza y el atropello violento y se apela al subterfugio y a la astucia. Y de paso, lo que se hace en el país intervenido, es arma utilizable para todo el Continente.

Los sermones surgen flamantes, como berzas en la huerta de la colonia. Y oímos joyas de oratoria como ésta: "la guerra que abre sus brazos y acoge en su seno a la paz, quedando transformada no sólo en fortaleza inexpugnable, sino en fuente abundante de fraternidad" (1). Podría darse como excusa para estas irreverencias contra la gramática la llamada "traición de la lengua" tan común a muchos oradores. Pero no, ni siquiera eso. Estos discursos se escriben y son leídos, es decir, no son discursos en el sentido extricto del vocablo.

Y surcan también las redes cablegráficas submarinas declaraciones de un robusto maquiavelismo imperial, como ésta, que no obstante huele a la lana quemada del lacayismo: "Puerto Rico es una avanzada del movimiento panamericanista. Allí se empeñan dos poderosas civilizaciones en crear un nuevo espíritu de comprensión entre las Américas" (2).

Ya no se intentará, por peligrosa, la "americanización"—es decir, la yanquización violenta de Puerto Rico. No es ni siquiera posible, aunque para ese fin se juntara la fuerza militar y naval del imperio desde la Mona a Culebra. Sólo se podría obtener el exterminio de un pueblo, lujo que ya no se puede permitir la decadente plutocracia celtafrosajona de América.

Ahora no obstante, es necesario que Puerto Rico sea consciente del nuevo peligro y tome precauciones contra el panamericanismo. Puerto Rico, tratado ya como nación hispanoamericana intervenida, por las propias fuerzas de la intervención, es un Puerto Rico más fuerte que ayer, es verdad, frente a un poder invasor consciente de su debilitada posición frente al país intervenido.

Pero Puerto Rico, atacado astutamente por los mismos medios que se utilizan contra sus hermanos del sur, por el "panamericanismo" y el monroísmo, está en mayor peligro que antes.

Alerta, pues, frente al panamericanismo. ¡Alerta, alerta frente a los sermoneadores a sueldo del imperio...!

---

(1) Discurso del Presidente del Tribunal Supremo de Puerto Rico, el «Día de las Américas» en San Juan.

(1) Declaraciones del Sr. Iglesias, Comisionado Residente de Puerto Rico, en Washington.

Poemas nuevos de Arévalo Martínez

= *Colaboración. Guatemala, R. de G. 1934* =

BALADA DEL AMOR MADURO

Una dulce noche de la dulce vida,
con el alma triste toda conmovida
por el raro encuentro de un callado amor,
estando ya viejo, yo tuve a mi vera,
ceñida a mi brazo, vieja compañera
que a beber me daba juvenil licor.

Una noche llena de estrellas, de halago
de aromas nocturnos, del rumor de un lago
que se debatía bajo de mis pies,
tuve entre mis manos, de esperar urgentes,
otras viejas manos suaves y calientes
que ya no pudieron librarse después.

—¡Esperamos tanto, oh hados obscuros!
—Unas horas antes, aun no maduros
porque estos encuentros son de eternidad,
el lagar del tiempo, como dos racimos
verdes, nos desecha si nos reunimos...
Es la hora. Las almas no tienen edad.

En crecer vivimos hasta hoy ocupados,
tenemos la talla necesaria, oh hados;
pero no un día antes ni un día después.
Todos los instantes dejaron sus huellas
en nuestras conciencias, fragmentos de estrellas,
y esperó este lago que está a nuestros pies.

LLAMA

Todos los inquietos, los que no han sosiego,
me buscan. Conocen mi signo de fuego.
Yo lamo sus almas con llama de amor,
los tuesto en mi brasa deliciosa, y luego
los hago que vuelvan al propio dolor.

Pero ya no pueden olvidarme. Lejos
de mi llama viva, buscan sus reflejos,
con ansia infinita sin tregua de arder.
Salen en cenizas, y al verse tan viejos
se sienten quemados por una mujer.

Volvieron más tristes, más solos que antes
a frías alcobas y frías amantes,
que ahora desdeñan con ruda altivez;
pero yo rechazo sus brazos distantes
porque sólo pueden quemarse una vez.

Maldicen entonces de mí. Yo les digo
que fué un don mi fuego, que no me prodigo,
que me les dí en gracia de su condición
de ser inflamables, y luego prosigo
buscando otras almas dignas de mi dón.

¡Y ellos me adivinan! Porque yo soy llama,
porque yo devoro, y aquel que me ama
se pierde y se quema. ¡Y lo saben ya!
Mas, corren a mí ávidos cuando los reclama
mi lengua de fuego que a quemarlos va.

CAIDA

Ella era humilde y suave, fina como una perla;
cada una de sus gracias contribuyó a perderla;
pródiga y pecadora: así la amo yo.
No se midió mil veces con la medida avara;
no se vendió por rica, no se negó por cara;
sencilla, humildemente, toda se regaló.

A la virtud de otras su culpa yo prefiero;
ella no regateaba: se daba por entero;
al farisaico amante rindió su corazón.
¡Pero ay de aquel que tuvo la femenil ofrenda
si la ruindad le cubre los ojos con su venda
y nada entrega a cambio del generoso dón!

PARA EL ALMA DE UNA COMPAÑERA MIA

Copita de plata, firme y delicada,
ni ahora ni nunca, no serás llenada.
¡No serás llenada!
Vasito de nervios, no serás llenada...

Uno o más amores buscarán tu fondo
limpio y argentino. Llegarán muy hondo.

Pero tú tras ellos, silenciosa y fría,
sola de ti y de otros, quedarás vacía.
¡Quedarás vacía!
Compañera mía, quedarás vacía...

Y habrá de apurarte la boca ardiente
de aquel que te ame sorbedoramente.

Y a tu vez amante pegarás la boca
de tus bordes finos a otros labios, loca.

Pero no habrá nunca de calmarte nada.
Tras el vano espasmo, silenciosa y fría,
ni ahora ni nunca no serás llenada,
sola de ti y de otros, quedarás vacía.

LA BUENA SAMARITANA

Te amaría delante de una ciudad entera
y como estás enfermo sería tu enfermera.

Ceñiría tu alma con mis amantes brazos;
y tu cuerpo doliente que se te va en pedazos.

Yo me daría toda, mansa, sumisa y leda.
Tú me darías sólo la parte que te queda.

Es que amo el fuego y ese es mi secreto vivo,
y como bien ardiste tus cenizas recibo

Ya he recibido a otro hómbre deshecho, acostumbrada
a que mis manos ávidas jamás encuentren nada.

Desechos de hombres, saldos, sólo recibo. Ardida
este extraño negocio consumé con la vida.

¡Mas qué saldos y qué hombres de llama!
Ellos y yo
sabremos solamente qué lazo nos unió.

TENTACION

No se llama Lucía.
¡Se llama Tentación!
La veo cada día
con pérfida ocasión.
¡Lo que por ella haría!
Se llama Tentación.

Amo sus ojos, esos
ojos de luz. Quisiera
cerrárselos a besos.
Mas vano es que lo quiera.

En vano a la fragancia
de esa flor pura llego.
Es vana mi constancia,
vano mi oculto fuego.

¡Existen tantas cosas
que me separan de ella!

Esa muchacha bella
de formas voluptuosas
no se llama Lucía.
¡Se llama Tentación!
La veo cada día
con pérfida ocasión.
¡Lo que por ella haría!
Se llama Tentación.

Rafael Arévalo Martínez

Alcides Arguedas...

(Viene de la página 360)

justicia estuvo de parte de Chile en aquel conflicto, haya cinco millones de peruanos y tres millones de bolivianos que crean, con la misma sinceridad, que la voz de la justicia resonaba en su campo. Y sin embargo, el narrador incisivo que es Arguedas, no logra demostrar de parte de quién estaba la razón o más bien, de parte de quién estaba la injusticia. Y es que, en el fondo de todas las guerras, como en el fondo de todas las querellas humanas, hay siempre una parte de responsabilidad que incumbe a cada uno de los contendientes, porque en toda guerra hay una Helena que huye y que el hombre, como un viajero demente, se obstina en alcanzar. Yo creo, pues, que las palabras humanas son demasiado pequeñas para poderlas aplicar a esos férreos acontecimientos que constituyen los grandes eslabones de la historia.

Habiendo templado su corazón en el cuotidiano milagro del instante que pasa y habiendo sido visitados sus ojos por la fulgurante claridad que permite entrever la imagen radiosa del dios que se oculta en todo ser verdadero, jamás Arguedas ha temido decir la verdad, lo que él ha creído la verdad, con un lenguaje que raramente los hombres escuchan y que más raramente los hombres emplean, levantando así a su patria, un monumento que, al mismo tiempo que la obra de un historiador y de un poeta, es la obra de un moralista y de un filósofo.

El militar frente al civil

Por MARIBLANCA SABAS ALOMA

= De *Bohemia*, La Habana, Cuba =

La función social de las instituciones armadas del Estado se ve frecuentemente desnaturalizada entre nosotros a virtud de un estado general de descomposición cuyas características principales pudieran encontrarse en la carencia casi absoluta del sentido de la responsabilidad y en el hecho económico del manejo de las tierras y riquezas del cubano por garras extranjeras. Quiere decir: que lo que por ley natural debiera ser nuestro, nuestro suelo, nuestro comercio, nuestra industria, en resumen, **nuestro país,** ha pasado, como una consecuencia funesta de nuestra tradicional carencia del sentido de la responsabilidad, a manos de extranjeros: norteamericanos, españoles, chinos y "polacos". Casi toda la tierra laborable, o por lo menos laborada, cubana, no es cubana, sino norteamericana. El capital norteamericano dicta sus leyes autónomas entre nosotros. Convierte, en la práctica, en la realidad, a Cuba en una factoría yanqui. El comercio, en una proporción no menor del ochenta por ciento, está en manos de españoles, "polacos" y chinos. El chino desplazó hace ya mucho tiempo a la buena lavandera criolla, al buen planchador. En el ramo de joyería y quincalla dominan los "moros". Y ya, en la Habana, al menos, acaparan la confección de ropas y zapatos los hebreos. Como, en los estados capitalistas, las fuerzas armadas tienen como función social específica la defensa y protección de los intereses vitales del país, y como por otra parte, nuestros intereses vitales no son nuestros, sino extranjeros, llegamos a la conclusión de que la actitud militar francamente hostil a las masas nativas es lógica y consecuente.

El soldado, como individuo, aisladamente, no se da cuenta de ello. Le falta cultura y le falta, también ¡por algo es cubano!, la noción concreta del sentido de la responsabilidad. Cuando, fusil al hombro, mejor dicho, ¡fusil listo, gatillo levantado!, custodia las propiedades extranjeras amenazadas por el trabajador cansado de la explotación y del atropello; cuando, en la lucha ingente del proletariado cubano contra su enemigo común el capitalista sin entrañas, toma el partido del capitalista; cuando mata al obrero porque el obrero reclama un derecho que el extranjero explotador le conculca, el soldado está muy lejos de comprender que se convierte en el símbolo más odiado y repulsivo de la injusticia de un sistema social que lo utiliza como instrumento de opresión. El soldado recibe órdenes: hay que cuidar el orden; hay que defender las instituciones de la República; hay que matar inflexiblemente al hombre uncido al yugo que intente redimirse de su triste condición de bestia de trabajo. Esclavo él mismo, el soldado no ha aprendido todavía—a pesar, entre nosotros, de la soberbia lección del 4 de setiembre!—a ver un hermano en el cubano sediento de justicia que declara guerra a muerte a sus explotadores nativos y extranjeros. Los títeres principales del Gobierno, manejados hábilmente por cualquier asesino a sueldo de Wall Street revestido de una casaca diplomática por obra y gracia de la tradicional hipocresía de los amos de Yanquilandia, otorgan privilegios al soldado que, creando en su conciencia falsos espejismos, le hacen olvidar su propia condición de bestia uncida al yugo. Hábilmente, al soldado se le rodea de ese ambiente tan grato a lo que el hombre tiene de ave de rapiña: la impunidad; tan grato a lo que el hombre tiene de bufón y de pavo: el privilegio. Un soldado es un hombre en disfrute de todos los privilegios amparado por rotundas impunidades.

Con su fusil al hombro, ¡al hombro no, en las manos, gatillo levantado!, con carta blanca, expedida por el asesino de los bananeros de Colombia en complicidad con sus lacayos nativos, para matar, golpear, vejar, atropellar, robar y medrar, el soldado se enfrenta en ventajosas condiciones de fuerza bruta con el hombre civil. De ahí la noción, más clara cada día en la conciencia revolucionaria de la generación de la vergüenza, de que la lucha ha de plantearse, forzosamente, en el terreno de la violencia. El Ejército de Cuba defiende, con el arma en la mano, los intereses de los extranjeros explotadores, los intereses de los responsables directos del hambre y la miseria que agotan y depauperan al pueblo de Cuba. El Ejército de Cuba, manejado por Fulgencio Batista, quien a su vez es manejado por Caffery y su corte de criados nativos, defiende al yanqui explotador, al español explotador, al chino explotador, al polaco o al "moro" explotadores, en contra del cubano depauperado y explotado. El militar, perteneciente a una casta privilegiada, en disfrute insolente de ventajas totales, se enfrenta con el civil. El militar, ganado por la política hábil de los

(y 5) Del testimonio de Valle

= Fragmentos de las *Obras* de José Cecilio del Valle. Dos tomos publicados. Guatemala, 1931. =

Para hacer juicio exacto de una orden o ley que deroga a otra, es necesario analizar:

1.—El bien o el mal que hacía la ley derogada.

2.—El bien o el mal que pueda producir la ley derogante.

3.—Comparar las dos sumas, y deducir la resta. Es este el método, jóvenes. Seguidlo con exactitud, y no erraréis jamás.

—

Sólo un esclavo puede ser azotado, decía el romano; y esta ley elevaba al romano.

—

Si el celo de la religión hace prodigios, el de la causa pública sabe también ejecutar maravillas.

No ha estudiado la historia quien desconoce esta verdad: No ha aprendido a observar los pueblos quien la niega. El patriotismo ha sido siempre productor en las naciones donde se ha sabido formar. Trabajemos en hacerle nacer; y el celo unido ofrecerá manos activas y emprendedoras.

—

...aquella libertad decorosa que debe ser el distintivo de un cuerpo que habla el idioma de la ley.

—

No hay compañía o sociedad cuando lo útil es para unos y lo gravoso para otros.

—

La historia de los pueblos es el cuadro de sus revoluciones. Se suceden aún unos a otros los gobiernos. No hay uno que se sostenga inmóvil en la marcha del tiempo. Todos pasan rápidamente; y cada transición derrama sangre o sacrifica víctimas.

Sacrificándolas se abolió en Roma el reinado y se instituyó el consulado. Sacrificándolas se destruyó el consulado y se estableció el imperio. Sacrificándolas se acabó el imperio, y siguió otro gobierno.

Cada país presenta ejemplos: Cada siglo lecciones. Pero los hombres no las reciben. Son insensibles a las desventuras de su especie: no investigan su origen, ni estudian sus causas.

—

Hombres injustos, cesad de serlo; y encontraréis al fin el objeto caro de los deseos. Amad la justicia de buena fe; y estableceréis gobiernos que tengan la mayor perfección posible. Oíd la voz de la razón en el silencio del interés. Sus acentos son claros. Todos pueden entenderlos.

—

Los jueces que en vez de ser perpendiculares como la recta razón se inclinan a una clase favorita: Los jueces que a vista de un proceso en vez de examinar lo que se demanda preguntan quién es el que pide, es natural que se hagan enemigos, y que procuren su desagravio los que se fueren formando.

—

...de los bárbaros que despreciaban las ciencias, únicas que pueden formar legislación justa.

—

¡enemigos naturales del pueblo de Cuba, que en traidores cubanos encuentran sus auxiliares más efectivos!, se enfrenta ventajosamente contra "su hermano", contra "su pueblo". Ya no es el hombre digno que escribió la página brillante del 4 de setiembre; ya no es el ciudadano de vergüenza que contribuyó a plasmar en realidades históricas más de un bello propósito de la revolución, fundida su alma en el alma de un pueblo viril que logró en el Dr. Grau San Martín su concreción más evidente. Hoy es, simplemente, otra vez, el soldado; el enemigo, servidor ciego de los intereses de los explotadores del pueblo de Cuba.

Vivimos, pues, la hora angustiosa y agónica de la inevitable guerra fratricida. El militar, enfrentándose al civil, lo reta a un duelo a muerte. La fuerza militar, salida de su cauce, siembra el espanto y el terror. Gobierna y manda el derecho de la fuerza. Se repliega, herida de muerte, la fuerza del derecho. El soldado, ¡ese mismo soldado que supo ser hombre consciente y libre en la jornada gloriosa del 4 de setiembre!, ¡ese mismo soldado que se sintió cubano hasta la médula y refundió en el ansia colectiva de libertad y de vergüenza su corazón henchido de amor patrio!, el soldado, manejado hoy, sin que él mismo se de cuenta, por las manos hábiles del enemigo extranjero, cuida los intereses del explotador, sostiene en el poder a los traidores nativos, se presta servilmente a "massacrar" a la generación de la vergüenza, ampara con exposición de su vida a esa bazofia humana que es el rompehuelga y se convierte, de hecho, en el objeto de los odios más profundos y de las iras más santas. El uniforme grato al pueblo de los primeros días del Gobierno del Dr. Grau San Martín, se convirtió, nuevamente, en el uniforme repulsivo de los últimos años del régimen del terror. El soldado, obedece como un perro a la voz de mando de su amo, prefirió, nuevamente, el halago de un privilegio material a la satisfacción de su deber de hombre cumplido. Dócil, volvió a la noria. Batista lanzó en carrera vertiginosa sus estrellas de coronel a través de los cielos opacos de la claudicación. Se precipitó en el abismo. Lo precipitaron, mejor dicho, las fuerzas inmanentes de los intereses creados, más poderosas, en esta ocasión, que sus propias fuerzas de hombre rebelde.

Tal vez un nuevo 4 de setiembre sea necesario. Tal vez contra Batista amigo de Caffery y aliado incondicional de los explotadores del pueblo de Cuba surja un nuevo Batista criollo hasta la médula que reedite la página brillante de aquella inolvidable madrugada. Corren tiempos de renovación y soplan vientos de rebeldía. Tal vez no todos los hombres que con Batista y Pablo Rodríguez al frente acercaron tan entrañablemente el alma del pueblo por primera vez soberano e independiente al alma de una institución tradicionalmente odiada y temida, tal vez, digo, no todos los hombres de uniforme que realizaron el gesto heroico porque se sintieron más cubanos que soldados y más hombres que bestias y más medularmente cerca del cubano explotado que del extranjero explotador, hayan caído al abismo con Batista o quieran, como Batista, permanecer en él. A Batista, caído al fondo de un abismo de claudicaciones, yo, que le conocí revolucionario, le he tendido mi mano para rescatarlo una y otra vez; la generación de la vergüenza, que lo contó entre sus filas, porque Batista, lo he dicho y lo repito, no fué jamás el machadista repelente que sus enemigos de antes y aliados de hoy pretendieron presentar, sino un oposicionista tenaz del régimen del terror que arriesgó su vida en múltiples ocasiones, le ha ofrecido su mano para ayudarlo a salvarse. Caffery y su corte de criados nativos ha podido más. Pero... ¿Y si los soldados-títeres, metamorfoseados, otra vez, en **hombres libres y conscientes**, se propusieran salvar al Ejército de la maldición implacable de la Historia?...

El militar frente al civil: preponderancia de la fuerza bruta en beneficio de las clases explotadoras. El militar y el civil hermanados en una sola aspiración de progreso y bienestar colectivos: preponderancia de la fuerza moral en beneficio de la dignidad humana. Hay calidad cubana en el soldado. Es posible que el títere que cuida la propiedad del yanqui de la "Cuban Cane", de la "Cuban Telephone" o de la "Compañía Cubana de Electricidad" se acuerde de que no masca "chicle" de Chicago, sino que fuma vegueros de Pinar del Río. Es posible (¿no habrá por ahí una mano amiga que ponga estas líneas al alcance del Coronel Batista?) que el soldado se canse de servir los intereses de la explotación y la reacción y se disponga a actuar **en cubano**. Nuestra carencia del sentido de la responsabilidad va siendo menor cada día. Progresamos. La Revolución va dejando de ser una doctrina en abstracto para fijarse como un estado de conciencia. ¡Cuidado con la revolución!...

(DEL TESTIMONIO DE VALLE) FOLLETÍN DEL *Rep. Am.* (10)

La hermosa Roland, hija de un artista, mujer de un sabio nombrado ministro y hombre de bien, sin embargo de serlo, poseía las cualidades que tienen más derecho para interesar: **Belleza, Filosofía** y **Virtud.** Fué sin embargo condenado a muerte por la injusticia más escandalosa. Era el día en que lo fué serena como la inocencia que siente la pureza: Estaba con vestido blanco como la inocencia; y el pelo negro, tendido hasta la cintura, aumentaba las gracias de su belleza.

Salió a la plaza del suplicio, y a vista de la estatua de la libertad le hizo una cortesía, y dijo estas preciosas palabras: **¡Oh libertad! ¡Cuántos delitos se cometen a tu nombre!**

———

Las Especerías han sido llevadas a las islas francesas, a la Guayana y, a algunas posesiones inglesas; y en breve se verá destruído el monopolio que los holandeses han sostenido con tantas traiciones, dejaciones y crímenes. Las naciones de Europa conocerán al fin que las compañías exclusivas no son más que una contribución impuesta sobre ellas para dar a sus gobiernos un instrumento nuevo de tiranía.

———

Era cobrizo el color del indio y más claro el de los españoles. Pero más blancos y más rubios que los españoles eran los alemanes; y cuando la Casa de Austria quiso dominar a España, los españoles se levantaron contra ella y proclamaron a la de Borbón. El color no es título de superioridad o esclavitud. Cobrizo, moreno o blanco, eres hombre, americano infeliz, y la esencia de hombre te da derechos imprescriptibles. Las lavas del Izalco te pueden abrasar, las aguas del Lempa te pueden inundar. Pero la mano de la arbitrariedad no tiene derecho para oprimirte.

———

Los sabios no son opresores ni detractores de los ignorantes. Son amigos del hombre: preceptores de los pueblos: bienhechores de su especie. Si era ignorante el indio y sabio el español, el segundo debía dar luces al primero, hacerle bien, enseñarle sus derechos. Pero sofocar los que tenía: conquistarle: someterle a pupilaje perpetuo, a ignorancia eterna... Hombres imparciales, ¿esto es lo que dicta la razón? ¿Esto es lo que inspira la justicia?

———

...y la fuerza del cañón ha sido siempre **Fuerza** y jamás **Derecho.**

———

La Constitución sueca es sin comparación más sabia que la inglesa. Se dan sin embargo elogios encarecidos a la segunda, y apenas se dignan algunos pensar en la primera. El hombre camina por rutina: juzga por tradición; y cuando no tiene aún derecho para dudar porque no ha meditado el pro y el contra, habla con tono dogmático y se vuelve tirano de la opinión.

———

La América no caminará un siglo atrás de la Europa: marchará a la par primero: la avanzará después; y será al fin la parte más ilustrada por las ciencias, como es la más iluminada por el Sol.

———

Publiquemos la verdad para que su conocimiento nos haga más prudentes.

México y el derecho de asilo político

Por VICENTE LOMBARDO TOLEDANO

= De *El Universal*. México, D. F. =

Don José Elguero, redactor y director espiritual de "Excelsior", comenta la noticia de la organización de "Acción Revolucionaria Latino Americana", constituída por intelectuales y hombres de acción mexicanos y extranjeros residentes en México, muchos de ellos ilustres y de renombre continental, con el propósito de que sean expulsados de nuestro país u obligados a callar los miembros no mexicanos de dicha institución. Usando la táctica que emplean siempre los denunciantes espontáneos, señala al secretariado de A. R. L. A., y le dice al Gobierno: la asociación es anti-imperialista, pretende cambiar el régimen social existente, luego es comunista; recurrirá, en consecuencia, a las armas; sus secretarios, menos uno, son extranjeros, y aunque tú te dices revolucionario ya sabemos que no lo eres; por eso debes fijarte en el peligro que entraña la presencia en nuestro país de esas gentes que están violando la hospitalidad que se les ha concedido, para que vengan a refugiarse en nuestro territorio y a vivir tranquilos, sin meterse en cuestiones políticas.

La actitud de "Excelsior" no merecería censura de mi parte, pues siempre he tenido como cierta la bondad de una causa o de una persona cuando ese diario la ataca: pero viene de perlas para precisar el alcance del derecho de asilo y la conducta que México debe guardar ante los emigrados por causa de la justicia.

La cuestión, más que de derecho es de ética internacional y en los países latinoamericanos es un asunto de decoro interno. El desterrado es, casi siempre, un rebelde al régimen de su país, es un ser que lucha por un ideal, bueno o malo, al que subordina su propia vida. Por este valor moral superior que tiene el indócil—los mediocres jamás se sublevan,—la legislación que liga a las naciones entre sí ha establecido como un derecho del hombre el derecho de asilo. Subsiste aún, como una consecuencia del principio falso de la soberanía, el derecho de los jefes de Estado de arrojar del país al extranjero indeseable y la práctica ilegal de mandar al exilio al nacional peligroso o molesto; pero tanto ese derecho como esa costumbre se aplican con rubor porque se sabe que por encima de ellos existe el precepto de moral pura que hace del mundo un refugio para el individuo a quien las puertas de su patria se le cierran. Y si éste es, en abstracto, el verdadero significado de la hospitalidad para el rebelde, sin juzgar del valor de su credo, tratándose del derecho de asilo en esta época de crisis histórica, la obligación de dar albergue al perseguido se vuelve más imperiosa todavía; el planeta hierve, el capitalismo está amenazado de muerte por el desarrollo de las mismas fuerzas que engendró; trata de revolucionar las viejas formas de la producció económica y de todas las superestructuras sociales del pasado, para conservar su poder de origen; pero no lo logra: a cada nueva argucia técnica que inventa, a cada método político que formula, contesta el escalpelo de la dialéctica indestructible de la clase trabajadora, demostrando lo inútil de los cambios superficiales del edificio que ha de desaparecer necesariamente para dejar el lugar a una construcción distinta y joven. Cada nación toma su puesto y dentro de ella cada clase social y cada persona acreedora a este nombre: en donde el capitalismo se ha superado a sí mismo—Italia, Alemania, Austria,—los desterrados por los gobiernos son los revolucionarios y los que sin filiación política determinada se muestran inconformes con la persistencia del régimen burgués. En donde el capitalismo no ha dado aún el salto en la sombra, se ensayan con premura medidas de emergencia para salvar el gran obstáculo y la tolerancia para los inconformes subsiste a medias. Y en donde no se tiene autonomía que guardar, porque ya se ha entregado, o en donde las insinuaciones de la fuerza exterior se amplifican por los servidores domésticos del imperialismo—como en muchas naciones latinoamericanas,—la profesión de fe socialista es considerada como un delito del orden común y el derecho de asilo se niega: léanse, por ejemplo, las proposiciones del general Jorge Ubico, Presidente de Guatemala, para la unificación de los países de Centroamérica.

En los actuales momentos, pues, el derecho de asilo por razones políticas depende, en cada país, del mayor o menor grado de represión capitalista en que se halle su gobierno para con sus propios nacionales. La tolerancia para los nuevos ideales humanos es una piedra de toque para conocer el arraigo popular de un gobierno: sólo tiene fuerza auténtica el régimen que va a la cabeza de las transformaciones históricas y que preside de verdad la conciencia de las masas. El gobernante que impide la entrada al extranjero es el que ya antes sumió en la ignominia a su propio pueblo; por eso ha habido siempre, en todas las épocas, países amurallados con piedra o con indignidad y gobernantes que conservan su poder ficticio haciendo de su hogar un presidio.

Si algo, por ventura, ha dado honor y prez a México en numerosas y diversas épocas de su evolución histórica, ha sido su actitud erguida frente a la injusticia de otras partes y su carácter acogedor para los inconformes y los perseguidos. Sólo nuestra sumisión a los Estados Unidos de Norte América o el temor nacido de nuestro fracaso interno, puede borrar esa fama ganada a base de sangre y de otros sacrificios populares.

Por eso deben desaparecer las Islas Marías como prisión por motivos políticos; por eso debemos sentirnos orgullosos de que a Martí y a Bolívar hayan seguido otros rebeldes como huéspedes de México, desde el prócer en su país hasta el emigrado obscuro, anónimo, el más urgido de un sitio firme para seguir combatiendo por su ideal. Abrir las puertas de nuestro país al extranjero, a cambio de su silencio, equivale a convertir a México en agencia policiaca de los gobiernos del exterior, y abrirla para el rebelde contra los regímenes violentos del capitalismo, obligándolo a abandonar la causa de su pueblo, es establecer la prisión y el tormento al servicio de la injusticia que se repudia.

El asilo no ha de ser confinamiento, la hospitalidad no ha de transformarse en negocio de hotelero. Todavía en algunas regiones del país, al desconocido —a quien nunca se le pregunta siquiera su nombre,—le sirven los dueños de la casa y comparten con él sus quejas y alegrías: en esas regiones la vida camina sin bordón y sin revólver: ahí está el verdadero México, tan olvidado de muchos y tan profundamente querido por quienes lo conocen y respetan.

INDICE



NUEVOS LIBROS

Lucien Lehman: *Le Grand Mirage U. S. A.* ₡ 3.00
Luis López de Mesa: *Introducción a la historia de la Cultura en Colombia*.... 6.00
María Leitner: *Hotel América* 4.25
Mariano Latorre: *Sus mejores cuentos*... 4.00
Vicente Lamperez y Romba: *Historia de la arquitectura cristiana*. Pasta 3.50
Ernest F. Löhndorff: *Africa llora*. (Jornadas de un legionario)...... . ... 4.25
Leonidas Leonov: *Edificación*. (La novela de la edificación del socialismo en Rusia). 4.50

Solicítelos al Admor. del *Rep. Am.*

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ₡ 2-00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Representante en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: { El semestre, $ 3.50 / El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.



Autorretrato

Por *Foujita*

FOUJITA

Por F. AMIGHETTI

= *Colaboración.*—San José, Costa Rica. Mayo, 1934 =

Cuando el candor y la capacidad técnica se concilian resultan artistas como Foujita, que no ha perdido su ingenuidad entre las aristas de la disciplina más rigurosa del dibujo como es la de los japoneses. Nadie como ellos se saben mejor la poesía y el religioso sentido de ensueño que sale continuamente de la naturaleza y también nadie como ellos para extraer de la onda la línea plateada del agua ni para fijar como Oku-Sai con el pincel ágil, las más movidas escenas guardando por instinto el sentido de la decoración. En las estampas, en las ilustraciones había visto la unidad caligráfica del dibujo japonés en que el pintor pasa del cuadro a la firma sin transición, pero me maravilló encontrar en las telas de grandes dimensiones de Foujita, conservada esa caligrafía y ampliada hasta el fresco, sin perder ese sabor íntimo de los croquis hechos en la libreta de apuntes, ni la espontaneidad de pincel que con la tinta china flúida o untuosa consiguen los artistas sobre papeles finísimos.

Foujita pinta sobre superficies blancas y lisas con una línea fina como un pelo que recorre amorosamente las formas ciñéndolas y encarcelándolas en el límite del contorno, adelgazándose a veces hasta romperse, pero siempre animada como una cosa viva. Por la energía para tratar grandes cuadros con delicadas líneas podría aplicársele a sus obras lo que Verlaine decía del gótico "Enorme et délicat".

Los desnudos de Foujita son de una gran espiritualidad, tal vez se deba en parte a esa línea que recuerda la bella convención del dibujo y al color que apenas existe, un oro muy pálido para los cabellos, un azul suave para las pupilas, rojo para los labios y los pezones, grises delicadísimos que avivan la forma de los vientres, hacen adivinar el peso de los senos y la curva de la cadera que va a ampliarse más tarde, pues sus modelos más característicos son "Jeunes filles" donde la belleza latina se mestiza con una técnica y una estética japonesas. Esta manera especial de pintar a la mujer derivado de un modo oriental de sentir nos dan esas "Tres hermanas" desnudas y de pie que no pueden olvidarse y se recuerdan siempre como azucenas en una melodía de blancos.

El desnudo comprendiéndolo hoy con el realismo necesario para que la obra sea sincera, existe en la pose convencional de la mujer que se desnuda en el Taller o en las actitudes cotidianas o domésticas; basta leer el catálogo de una de sus exposiciones para encontrar títulos como "mujer jugando con los cabellos", "mujer despertando", "niñas durmiendo" para darse cuenta como es en la alcoba donde el pintor se vuelve poeta para entregarnos momentos verdaderos con la mayor seducción.

Foujita ha pintado muchos gatos y se ha retratado a sí mismo varias veces, siendo estas dos predilecciones obsesionantes en sus obras. Del gato ha dejado o está haciendo una historia natural tan completa como la de Sosen sobre los monos. Sus auto-retratos, tan sugestivos todos, lo presentan en sus momentos de trabajo o de descanso, alistando sus lápices, fumando, acariciando a su gato, etc. Posiblemente para este pintor el modelo más inmediato y el más paciente y el que mejor conozca sea él mismo.

En Foujita se plantea la eterna querella de los pintores dibujantes y de los pintores pintores, solamente que en este caso los argumentos contra el academismo genial de un Ingres que le hacían los escritores románticos tropiezan en el caso de Foujita con que es en la línea precisamente donde se encuentra su elemento de romanticismo. Además él tiene derecho a abusar del contorno porque le viene por razones ancestrales desde los pintores de frescos budistas como Kanaoka o en el refinamiento milagroso de Utamaro, también pintor de mujeres como Foujita.

Si se toma el número de colores y de tonos que usa Foujita se nota que su pigmentación es muy reducida, pero manejando unos cuantos colores consigue armonías muy firmes. En la exposición que hizo en Buenos Aires, traía visiones del Trópico de gran cromatismo. El no pinta el sol como los clásicos japoneses, pero el Brasil lo obligó a enriquecer su paleta para vestir de colores la fiesta cuotidiana de Sao Paulo y de Río. Un cuadrito mostraba a un maestro en mangas de camisa y tirantes con los brazos levantados enseñando gimnasia a unos niños rubios negros y amarillos, en el fondo por la ventana de la escuela se veía un pizarrón con números como paisaje pedagógico. Era otra visión del Brasil hecha con un humorismo conmovido. Expuso allí también el retrato de su padre pintado en un viaje reciente al Japón, Madonas con fondo de oro en tintas planas como las de los iluminadores antiguos, un Cristo yacente que chorreaba tinta china por el costado como los héroes homéricos cuando se habla de la "negra sangre", paisajes de los alrededores de París interpretados tantas veces por artistas notables y hechos esta vez con una gracia nueva, revelan su inquietud y su cosmopolitismo.

Algunas gentes de las que saben lo último que sucede en París, dicen que Foujita está pasando de moda; lo cierto es que para un pintor de su altura le es necesario pasar de moda para entrar a la inmortalidad, ya que su genio está hecho de candor y no de suspicacia.



Niñas durmiendo

Pintura de *Foujita*

Imprenta «LA TRIBUNA»